

INDUSTRIALES Y "BOLICHEROS": LA ACTIVIDAD ECONÓMICA Y LA ALIANZA POPULISTA PERONISTA, 1943-1976*

JAMES P. BRENNAN

Nuestro camino es ancho y hermoso;
es el camino de la Patria. Y en él ca-
bemos todos: Estado, trabajadores y
empresarios.

JOSÉ BER GELBARD

INTRODUCCIÓN

El peronismo, como movimiento social y político definió en muchos aspectos la historia argentina del último medio siglo. La gran capacidad del peronismo para adaptarse a las características políticas y culturales de cada momento, para dar cabida a las diferentes clases sociales, intereses, instituciones y hasta las ideas y estados de ánimo vigentes en la vida nacional argentina, convirtió a este movimiento en un punto de referencia fundamental para comprender la experiencia contemporánea del país. Con excepción de la elite terrateniente, todos los sectores importantes de la sociedad argentina pasaron por las filas del peronismo en algún momento de su historia. Los militares, la Iglesia, la clase trabajadora, los estudiantes universitarios de clase media, los intelectuales nacionalistas y otros encontraron, en distintas épocas, un lugar dentro de este movimiento. Esto se debió en parte a las limitaciones que imponían gobiernos no representativos y hasta autoritarios a los variados intereses de una sociedad que pugnaba por liberarse, pero también a la fle-

* Traducción de Adelaida Ruiz, del Laboratorio de Idiomas, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

xibilidad y capacidad del peronismo para adaptarse a contextos históricos cambiantes y para convertirse en vehículo de expresión de esos intereses. La alianza populista peronista hizo continuos cambios: los más enfervorizados partidarios de hoy solían convertirse en los detractores más violentos de mañana, mientras que los adversarios de ayer eran más tarde discípulos entusiastas.

Frecuentemente, los intelectuales consideraron que el peronismo era el principal culpable de la declinación de Argentina, que pasó de un estado de semidesarrollo y de increíble estabilidad institucional en comparación con el resto de Latinoamérica, a ser sinónimo de anarquía política y económica. “¿Qué ocurrió?” es una pregunta que no sólo se formulan los historiadores profesionales, los economistas y los científicos de la política, sino que se ha convertido en una obsesión nacional comprensible. Los antiperonistas, sean intelectuales o no, culpan al movimiento por todo lo ocurrido, recriminándole haber sembrado la discordia y el odio de clases en una sociedad (míticamente) armónica y pacífica y haber inculcado algunos malos hábitos en los argentinos de todas las clases, respecto del papel que debían cumplir en el desarrollo nacional y el crecimiento económico. Parte de la imagen negativa del peronismo está relacionada con la declinación de los índices de productividad y la aparición de sindicatos demasiado poderosos que bloquearon o hasta revirtieron el progreso del país. También se atribuye al movimiento el advenimiento de una clase industrial mimada, que funcionó en estrecha alianza con los sindicatos, procurando mantener altos niveles de consumo interno y evitar la competencia con el exterior, sin importar cuál fuera el costo último para la competitividad del país en la economía mundial y con una pasmosa indiferencia respecto del peso que representaría para la Argentina el hecho de quedar restringida a productos caros y de mala calidad. Esta alianza también tuvo un efecto nefasto en el plano político, ya que tanto el Régimen Peronista de los años cuarenta y cincuenta como la notable inestabilidad política que reinó durante el período 1955-1976 fueron sostenidos ex profeso por esta siniestra alianza o, al menos, por esta desafortunada coincidencia de intereses.¹

En realidad, la historia del papel de la actividad económica durante la época peronista ha sido objeto de más conjeturas que estudios serios e investigaciones. El papel de los industriales en la alianza populista sigue siendo una de las facetas menos estudiadas del peronismo.² Preferimos hablar de actividad económica y no de “indus-

¹ Entre los muchos estudiosos que suscriben esta idea, Carlos Waisman es autor de *Reversal of Development in Argentina: Postwar Counterrevolutionary Policies and their Structural Consequences* (Princeton, Princeton Univ. Press, 1987), uno de los ejemplos más recientes y persuasivos que siguen esta línea de razonamiento. Estas ideas también forman parte del modelo “burocrático-autoritario” que propone Guillermo O’Donnell, cuando sostiene que la “burguesía nacional” y el papel que esta desempeñó en la alianza populista peronista fue un elemento clave para la inestabilidad política entre 1955 y 1976. Para una concisa exposición de la tesis de O’Donnell, véase: “State and Alliances in Argentina, 1956-1976”, *Journal of Development Studies*, 15, núm. 1, octubre de 1978, pp. 3-33.

² Casi todos los estudios acerca del papel de la actividad económica en la política nacional fueron llevados a cabo por sociólogos o expertos en ciencias políticas y se han centrado casi exclusivamente en el

triales”, porque en este ensayo trataremos de demostrar que el componente burgués de la alianza populista fue, en realidad, más complejo de lo que en general se piensa. El apoyo burgués no se limitaba al sostén que brindaba una nueva clase industrial, sino que incluía también el apoyo de importantes sectores agrarios y del comercio. Es necesario aclarar el papel que desempeñaron específicamente los industriales, tanto viejos como nuevos y especialmente debemos arrojar luz sobre la historia de la Confederación General Económica (CGE), la organización económica creada por Perón en 1952 y que generalmente es considerada como la institución más representativa de la burguesía peronista.

Este artículo introducirá dos ideas principales respecto del papel que desempeñaron los hombres de negocios en el peronismo. En primer lugar, argumentaré en favor de que la creencia difundida de que el apoyo al peronismo de 1943 a 1955 surgió de la lucha entre viejos y nuevos industriales no es más que la contraparte de la lucha entre una vieja y una nueva clase obrera como explicación del surgimiento del peronismo, tesis que actualmente se encuentra desacreditada. En efecto, Perón disfrutó de un cierto grado de apoyo, tanto de los viejos como de los nuevos sectores de la burguesía industrial argentina. El segundo punto, y el más importante, en relación con la premisa de que es necesario revisar la historia de la Confederación General Económica (CGE), es que el papel que desempeñó en la alianza populista peronista de 1952 a 1976 estuvo más relacionado con la desarticulación de las economías provinciales que estrictamente con la sustitución industrial de importaciones, la “hot house industrialization” de la que habla Carlos Waisman. El atractivo que ejerció la ideología nacionalista para los pequeños hombres de negocios del interior debe ser tomado en cuenta en cualquier estudio de la historia de la CGE. Es necesaria una reconstrucción histórica más sólida para encarar el estudio del papel de la CGE en la política argentina contemporánea.

papel de los industriales. Los principales estudios son: Pablo Castel, *Empresariado nacional y cambios sociales*, Buenos Aires, Editorial Anteo, 1985; Dardo Cúneo, *Comportamiento y crisis de la clase empresaria*, Buenos Aires, Pleamar, 1967; John William Freels, *El sector industrial en la política nacional*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1970; Jorge Niosi, *Los empresarios y el Estado argentino (1955-1969)*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1974; Guillermo O'Donnell, *Notas sobre el estudio de la burguesía local*, Buenos Aires, CEDES, 1978; Eldon Kenworthy, “Did the ‘New Industrialists’ Play a Significant Role in the Formation of Perón’s Coalition 1943-1946?”, en Alberto Ciria (comp.), *New Perspectives on Modern Argentina*, Bloomington, Univ. of Indiana. Latin American Studies Program, 1972, pp. 15-28; Judith Teichman, “Interest Conflict and Entrepreneurial Support for Perón”, en *Latin American Research Review* 16, núm. 1, 1981, pp. 144-155; Scott Mainwaring, “The State and the Industrial Bourgeoisie in Perón’s Argentina, 1945-1955”, en *Studies in Comparative International Development* XXI, núm. 3, otoño de 1986, pp. 3-31; Joel Horowitz, “Industrialists and the Rise of Perón, 1943-1946: Some Implications for the Conceptualization of Populism”, en *The Americas*, XLVII, núm. 2, octubre de 1990, pp. 199-217; Paul Lewis, *The Crisis of Argentine Capitalism*, Chapel Hill and London, The University of North Carolina Press, 1990, pp. 145-210 y 329-361 (hay edición en español: P. Lewis, *La crisis del capitalismo argentino*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1993); Cristina Lucchini, *Apoyo empresarial en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1990 y Jorge Schwarzer, *Empresarios del pasado. La Unión Industrial Argentina*, Buenos Aires, CISEA, Imago Mundi, 1991.

LOS INDUSTRIALES Y PERÓN

El papel que desempeñaron los industriales en el ascenso del peronismo y el apoyo que brindaron al régimen peronista ha sido objeto de diversas interpretaciones. A comienzos de los años sesenta, Torcuato Di Tella sostuvo que una elite contraria al *statu quo*, compuesta fundamentalmente por industriales nuevos había sido un elemento importante que había apoyado el golpe de estado de 1943, que llevó al poder a las Fuerzas Armadas y con ellas a un joven oficial llamado Juan Perón.³ Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, en su conocido trabajo *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, se hacen eco de esta interpretación y sostienen que el peronismo se origina en una alianza policlasista, que incluía a los nuevos industriales que habían surgido como consecuencia de la sustitución de importaciones industriales de los años treinta.⁴ Pocos años más tarde, otro argentino, Dardo Cúneo, autor del que sigue siendo considerado el estudio más importante acerca de la influencia de la actividad económica en la política nacional,⁵ dio una interpretación bastante diferente de la de Di Tella. Cúneo enfatizó la actitud opositora por parte de la Unión Industrial Argentina (UIA), en ese entonces principal asociación de industriales del país, y en especial el disgusto de esta entidad frente a las políticas laborales implementadas por el gobierno industrial, actitud que culminó con el desastroso intento por parte de la UIA de ayudar a financiar a los adversarios de Perón en las elecciones presidenciales que se avecinaban y su participación en el fracasado *lockout* patronal de tres días, en enero de 1946. La debilidad del apoyo de los industriales durante el período de formación de la coalición peronista aparece registrada en los informes de inteligencia de la Embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires durante los meses del ascenso de Perón al poder y es confirmada en diversos trabajos de investigación.⁶

Sin embargo, es necesario establecer una distinción entre el papel de los industriales en el ascenso de Perón y su relación con el Estado peronista durante la casi una década que permaneció en el poder. Pese a las afirmaciones de algunos revisio-

³ Torcuato Di Tella, "Populism and Reform in Latin America", en Claudio Veliz (comp.), *Obstacles to Change in Latin America*, Oxford, Oxford University Press, 1965.

⁴ Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, *Estudio sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.

⁵ Dardo Cúneo, *Comportamiento y crisis de la clase empresaria*, Buenos Aires, Pleamar, 1967, pp. 174-175.

⁶ Véase Kenworthy, pp. 21-22 y Horowitz, p. 210. Para la visión que tenía la Embajada respecto de la frialdad de los industriales para con Perón, véase especialmente los registros del Departamento de Estado relacionados con los asuntos internos de la Argentina, de la Embajada de Estados Unidos en Buenos Aires: "Tendency Towards State-Directed Economy in Argentina", 835.50 / 5-2645, 24 de mayo de 1945 y "Manifesto of Industrial and Commercial Associations to the Argentine Government", 835.50 / 6-2045, 20 de junio de 1945.

nistas, queda bastante claro que, mientras Perón ejerció el poder, los industriales no estuvieron en la oposición. Existió más bien entre ellos una relación de trabajo, o quizás en algunos casos hasta una alianza.⁷ Los industriales como clase obviamente no podían oponerse a un régimen que hizo mucho para favorecer sus intereses. Aunque los amplios márgenes de ganancias de los industriales se estrecharon entre 1946 y 1948, como resultado de las políticas laborales y salariales, la tasa de retorno del capital, en cambio, se incrementó ampliamente. Los créditos para el sector privado, por ejemplo, aumentaron un 30% en 1947 y un 15% en 1948, principalmente para las fábricas. Estos incrementos subsidiaron en gran medida los aumentos salariales que la política laboral de Perón alentaba. La participación de la industria en los préstamos bancarios en un sistema bancario nacionalizado en 1946 se acrecentó del 28 al 55% entre 1945 y 1950.⁸ Los márgenes de ganancia de la industria entre 1946 y 1955 fueron muy altos y no sólo beneficiaron a los nuevos industriales, sino también a las empresas establecidas. Las grandes empresas recibieron su cuota de subsidios y créditos bancarios y se beneficiaron tanto como

⁷ Horowitz y Kenworthy establecen esta distinción. Sin embargo, ellos y otros estudiosos que cuestionan la importancia de los industriales en la coalición original peronista, dan demasiada relevancia, según entiendo, a la coyuntura 1945-6, que era un momento político muy especial. Más aún, no caben dudas de que había industriales que tenían serias dudas de que la Unión Democrática fuera a ser tan positiva para sus intereses como lo habían sido los gobiernos militares de 1943 a 1946 y como esperaban que fuese Perón. Como señala el mismo Kenworthy, los industriales como Miguel Miranda, presidente del Banco Industrial desde fines de 1945 y Rolando Lagomarsino, nombrado por Perón secretario de Industria y Comercio luego de las elecciones de 1946, para mencionar sólo dos, no estaban en contra de Perón. Esto no quiere decir que los industriales como clase se estuviesen alineando detrás de Perón en 1945-1946. Claramente no lo hacían. Los industriales en la coyuntura 45-46 se dividían según cuál fuese la mejor manera de cuidar sus intereses. Algunos apoyaban a Perón, algunos más preferían permanecer neutrales y una mayoría se alineaba tras las fuerzas antiperonistas. Sin embargo, esto no explica completamente el problema, y las circunstancias políticas especiales del país hacen que no sea posible usar la oposición que la UIA sostenía contra Perón para comprender la participación de los industriales en la coalición peronista o la alianza de clases en el populismo en general. En términos de la coalición peronista original, ambas postulaciones pueden ser acertadas. Di Tella, Murmis-Portantiero y más recientemente Lucchini estuvieron acertados al hacer notar la importancia de la presencia de nuevos industriales como Miranda o Lagomarsino. Di Tella puso demasiado énfasis en la idea de la ruptura y del nuevo papel que desempeñó una nueva burguesía industrial (su elite anti-*statu quo*) en los orígenes del peronismo. Sin embargo, hay algo acertado en esta idea, especialmente en lo que se refiere a las industrias metalúrgicas durante los gobiernos peronistas. No obstante, como simple descripción fáctica acerca de la relativa debilidad del apoyo de los industriales a Perón durante la coyuntura 1945-1946, estoy de acuerdo con las críticas que plantean Cúneo, Kenworthy, Horowitz y otros a la tesis de la "elite anti-*statu quo*".

⁸ Pablo Gerchunoff, "Peronist Economic Policies, 1946-1955", en Guido Di Tella y Roger Doornbusch (comps.), *The Political Economy of Argentina, 1946-1983*, London, The Macmillan Press, 1989, pp. 66-67. Para dar un solo ejemplo, los préstamos del Banco Industrial (creado por el gobierno militar a fines de 1944) se acrecentaron enormemente entre 1945 y 1955. En 1945, el Banco Industrial concedió 4.268 préstamos que sumaban un total de 276.770 millones de pesos. En 1955, concedió 67.407 préstamos por un total de 4.869.195 millones de pesos. Véase *Memoria y Balances*, Banco de Crédito Industrial, 1945-1955.

los nuevos industriales con el proteccionismo y las muchas políticas gubernamentales dirigidas a acrecentar el mercado interno.⁹

Aun cuando aceptemos la proposición de que las posiciones de la UIA durante la coyuntura de 1945 a 1946 representaban a las de todos los industriales del país, libres de tensiones, hay una serie de problemas en las postulaciones de los revisionistas. Gran parte de la confusión respecto del papel de los industriales se debe a la falta de conciencia respecto de las divisiones entre los industriales, aun entre los que pertenecían a la UIA. La UIA, a pesar de su nombre, no había nacido como una organización de industriales, sino que más bien representaba los intereses económicos dominantes de la Capital y de la provincia de Buenos Aires, es decir los intereses dominantes del país. En los primeros años de su historia, esta organización estuvo dominada por la elite terrateniente y, pese a que verbalmente apoyó al proteccionismo, nunca adoptó un programa específico de desarrollo industrial. Aunque para los años cuarenta los industriales ya dominaban el comité ejecutivo de la UIA, la organización seguía incluyendo entre sus miembros a los representantes de los intereses agrícolas, financieros y comerciales, además de a los industriales, todos con fuertes vínculos entre ellos.¹⁰

Hacia el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, la ideología de la UIA se había tornado más estrictamente proindustrial. Estaba imbuida de un discurso nacionalista que proclamaba la "independencia económica" a través de la industrialización.¹¹ El crecimiento rápido de la industria durante la guerra contribuyó a un movimiento en esa dirección. La UIA había recibido calurosamente muchas de las medidas proindustriales del gobierno militar: la creación de un ministerio independiente de Industria y Comercio y la fundación del Banco de Crédito Industrial (que tuvo como primer director a Ernesto Herbin, vicepresidente de la UIA) para mencionar solamente algunas, y había apoyado en general las políticas económicas del gobierno.¹² Sin embargo, los

⁹ Para un excelente y novedoso estudio acerca de las políticas económicas peronistas, véase José C. Villarruel, "El Estado, las clases sociales y la política de ingresos en los gobiernos peronistas, 1946-1955", en *Economía e historia. Contribuciones a la historia económica argentina*, Buenos Aires, Editorial Tesis, 1988, pp. 396-397.

¹⁰ Jorge Schvarzer, *Empresarios del pasado...*, pp. 29, 74-78; Ricardo Sidicaro, "Poder y crisis de la gran burguesía agraria argentina", en Alain Rouquié (comp.), *Argentina, hoy*, México, Siglo XXI, 1982, p. 71. Acerca de la historia de las primeras épocas de la UIA, véase Eugene G. Sharley, "Unión Industrial Argentina, 1887-1920: Problems of Industrial Development", Disertación Doctoral, Rutgers University, 1978.

¹¹ Graciela Swiderski, "La UIA ¿Sustitución de Importaciones o mercado externo? en Wado Ansaldo, Alfredo Pucciarelli y José C. Villarruel, (comps.), *Argentina en la paz de dos guerras*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 1993, p. 244

¹² *Revista de la Unión Industrial Argentina* LVII, núm. 908, agosto de 1944, pp. 3-9; *Revista de la Unión Industrial Argentina* LVII, núm. 909, setiembre de 1944, pp. 16-17; *Revista de la Unión Industrial Argentina* LVII, núm. 910, octubre de 1944, pp. 3-4; *Revista de la Unión Industrial Argentina* LVII, núm. 922, octubre de 1945, pp. 72-73. Véase también Cristina Lucchini, *Apoyo empresarial ...*, pp. 60-68. Tal

industriales seguían dependiendo demasiado de las fortunas del sector agroexportador para el intercambio con el exterior y para obtener los bienes de capital necesarios para desafiar al modelo económico establecido. Mientras la guerra terminaba, la UIA seguía reclamando una vigorosa intervención del Estado para asegurar la supervivencia de la industria —subsidios para modernizar las fábricas, creación de industrias de base e intermediación en las relaciones entre trabajo y capital— y exponía críticas cada vez más fuertes respecto del gobierno militar, especialmente en lo referente a las políticas laborales y a su arquitecto, el coronel Juan Domingo Perón.¹³ A comienzos de 1945, la UIA se mostró especialmente crítica respecto de ciertas medidas específicas promulgadas por el gobierno, como el establecimiento de escalas salariales (“escalafón”), la supresión del trabajo a destajo y la reglamentación del horario de los comercios. También criticaban el uso que hacía Perón de “cierta terminología”, con la cual presentaba cualquier acuerdo colectivo negociado como una “conquista” que se le había ganado a un sector empresario supuestamente miserable.¹⁴

En la decisión de la UIA de unirse a las fuerzas de oposición y de participar en el *lockout* patronal de comienzos de 1946 junto con las organizaciones que representaban la agricultura y el comercio, también intervino la situación política peculiar que reinaba a fines de 1945: la guerra acababa de terminar y el sentimiento prodemocrático iba acrecentándose en el país. La oposición que despertó el decreto 33.302 del Poder Ejecutivo, que entre otras cosas establecía una “Convención Nacional Salarial”, con el objeto de establecer un salario mínimo e imponer un sueldo anual complementario, el “aguinaldo”, hizo que la comunidad empresaria catalogara las medidas como “políticas propias de un modelo totalitario”. La UIA manifestó su oposición, alegando tanto la defensa de la democracia como la protección de los intereses empresarios.¹⁵ Sin embargo, dada la característica falta de representatividad de los industriales argentinos en los partidos políticos y su excesiva preocupación por la protección de sus intereses sectoriales, es por lo menos plausible sostener que su entusiasmo por restaurar la democracia no era tan entusiasta como se ha planteado.¹⁶

como señala Lucchini, la UIA también había apoyado con entusiasmo la creación, en 1944, del “Consejo Nacional de Postguerra” cuyo primer presidente fue Perón, que estableció explícitamente la necesidad de evitar las alteraciones económicas severas al terminar la Segunda Guerra Mundial, con una especial preocupación por la industria.

¹³ Hasta ese momento, la UIA había elogiado más de lo que había criticado las políticas laborales de Perón. A fines de 1944, por ejemplo, todavía seguía elogiando las acciones de Perón “al establecer acuerdos colectivos de trabajo entre industriales y trabajadores, se eliminan los peligrosos agitadores profesionales del pasado y ocupa ese lugar una amistosa colaboración entre los industriales y los auténticos trabajadores”. *Revista de la Unión Industrial Argentina* LVII, núm. 910, octubre de 1944, p. 19.

¹⁴ *Revista de la Unión Industrial Argentina*, LVII, núm. 913, enero de 1945, pp. 42-43.

¹⁵ *Revista de la Unión Industrial Argentina*, LIX, núm. 925, enero de 1946, pp. 3-19.

¹⁶ Sobre este punto véase Lucchini, *Apoyo empresarial...*, pp. 24-33, 60-61.

En realidad, dentro de la UIA había mayor disenso del que se ha reconocido respecto de la participación en la Unión Democrática antiperonista. Algunos de los industriales ya establecidos, que deseaban una promoción más vigorosa de la industria y no simpatizaban demasiado con la elite agroexportadora, tenían grandes reservas respecto de plantear una acérrima oposición a Perón. Estos industriales se trenzaron con otros miembros de la UIA en una lucha de poder para controlar la organización, pero perdieron las elecciones del 29 de abril de 1946, en las cuales disputaban el control de la UIA con el sector más duramente antiperonista de la agrupación.¹⁷ Muchos de estos industriales más tarde participaron en la Asociación Argentina de la Producción, Industria y Comercio (AAPIC), auspiciada por el régimen y del Congreso Empresario Argentino (CEA).¹⁸ El grupo de apoyo de Perón en el sector industrial albergaba nuevos intereses, como los de los industriales ISI clásicos, muchos de los cuales nunca habían sido miembros de la UIA y se habían beneficiado de las escaseces propias de la guerra y de las reglamentaciones arancelarias, créditos bancarios y permisos de importación que el gobierno había puesto a disposición de ellos, pero también incluía a industriales establecidos desde hacía tiempo. La UIA misma, pese a haberse opuesto a Perón, en cuanto fue electo comenzó a instarlo inmediatamente para que cumpliera sus promesas, siguiere protegiendo a la industria y mantuviere

¹⁷ Miranda y Lagomarsino, industriales que deseaban que la UIA desempeñara un papel más vigoroso en el desarrollo industrial y que llegarían a ocupar puestos de importancia en el gobierno de Perón, eran los representantes de la facción properonista de la UIA. Miranda era un entusiasta propulsor de la formación de una sociedad entre los industriales y el Estado, destinada a profundizar el proceso de industrialización en el país. Una de sus primeras iniciativas como presidente del Banco Industrial fue realizar una encuesta nacional para averiguar las necesidades específicas de los industriales para poder llevar adelante un planeamiento industrial más efectivo durante el gobierno militar. Véase *Revista de la Unión Industrial Argentina* LIX, núm. 925, enero de 1946, pp. 86-87. Lagomarsino era un industrial textil que en muchas ocasiones expresó su temor de retornar a una economía liberal al final de la guerra. Se les oponían industriales mucho más tradicionales, como Luis Colombo, presidente de la UIA, y el industrial más exitoso del país, Torcuato Di Tella, aunque tanto uno como otro, al comienzo, quisieron mantener las buenas relaciones entre la UIA y el gobierno militar, establecido en junio de 1943. En realidad, industriales como Colombo y Di Tella no podían más que elogiar las medidas en favor de la industrialización del gobierno militar, tal como el decreto de 1944 de "Fomento y Defensa de la Industria Nacional", que establecía leyes antidumping y protegía en general a la industria local. Véase *Revista de la Unión Industrial Argentina*, LVII, núm. 907, julio de 1944, pp. 21-23. También debemos recordar que muchos de los industriales que fueron paladines de la democracia y el liberalismo durante la coyuntura 1945-1946, habían elogiado abiertamente a la Italia fascista de Mussolini. Colombo en particular, precisamente había apoyado el golpe de estado de 1943, debido a las promesas de reformas de corte fascista. En realidad, después de la victoria electoral de Perón en 1946, cambió de bando y apoyó en las elecciones de la UIA de 1946 al grupo properonista de Miranda-Lagomarsino. Acerca de la división de filas en la UIA debido a la peronización, véase la memoria de J. Rodríguez Goicoa, en esa época miembro del Comité Ejecutivo de la UIA, *El caso del cheque y el problema creado a los industriales argentinos: lapso histórico, 1943-1952*, Buenos Aires, Palnté, 1952. Véase también Pablo Castel, *Empresariado nacional...*, pp. 58-60; Lewis, *The Crisis of ...*, pp. 155-157; y Schwarzzer, *Empresarios del pasado...*, pp. 94-98.

¹⁸ Cúneo, *Comportamiento y crisis...*, pp. 151-154.

los controles de intercambio para su beneficio.¹⁹ La considerable demora para disolver la UIA (recién fue disuelta en 1953) evidencia un esfuerzo de Perón y de los industriales que permanecían en la organización para encontrar un terreno común y cooperar mutuamente.

La coyuntura 1945-1946, aunque la reduzcamos a la historia de la UIA, es considerablemente más complicada de lo que han sugerido recientes estudios de Horowitz, Kenworthy y otros y de lo que suponen las tesis de Di Tella y de Murmis y Portantiero, que aunque han sido dejadas de lado, no se deben considerar completamente equivocadas. La verdad parece estar en algún lugar intermedio entre estas interpretaciones conflictivas. Más aún, como ya he dicho, esta disputa encubre el verdadero problema: el papel de los industriales en la alianza peronista entre 1946 y 1955. Lo que se puede sostener de manera general es que, mientras Perón estuvo en el poder, el apoyo de los industriales fue otorgado y retirado según cómo los intereses de una determinada industria fueron beneficiados o perjudicados por las políticas de Perón. La mayoría de las industrias más grandes establecidas en Buenos Aires, que estrecharon lazos con el capital extranjero y produjeron para exportar, se opusieron a Perón. La industria más importante del país, los frigoríficos, así como también los molinos harineros, estaban en completa oposición a las políticas del gobierno.²⁰ Entre las industrias más pequeñas existían divisiones entre simpatizantes y oponentes del régimen, según cómo hubiesen sido beneficiados o perjudicados los intereses del sector por las políticas económicas peronistas. Por ejemplo, las dos asociaciones metalúrgicas se dividían en los fabricantes de productos livianos (heladeras, cocinas, ventiladores, autopartes), que eran properonistas, y los dedicados a la industria pesada (maquinarias y equipamiento), que se oponían a la política liberal del gobierno que permitía importar las maquinarias que los industriales necesitaran.²¹ Una división semejante existía en la industria textil, en la cual los fabricantes de ropa, que se beneficiaban con la expansión del mercado y usaban fibras nacionales de lana y algodón, se diferenciaban de los industriales textiles antiperonistas, que dependían de las fibras importadas (seda y sintéticos) y habían sido perjudicados por las restricciones que el gobierno había impuesto a estas importaciones.²²

¹⁹ *Revista de la Unión Industrial Argentina* LIX, núm. 927, marzo de 1946, pp. 69-71; *Revista de la Unión Industrial Argentina* LIX, núm. 930, junio de 1946, p. 9.

²⁰ Véase la carta de la Compañía Swift al Departamento de Estado de los Estados Unidos. Documentos relacionados con los asuntos internos de Argentina. Carta de Joseph O. Hanson, presidente de Swift International Company Ltd. a Paul C. Daniels, director de la Oficina para asuntos de la República Americana, 835.5034/12-1348, 13 de diciembre de 1948. Respecto de la industria harinera, véase Scott Mainwaring, "The State and the Industrial Bourgeoisie...", pp 5-8, pp. 14-16.

²¹ Judith Teichman, "Interest Conflict and Entrepreneurial Support for Perón", *Latin American Research Review*, XVI, núm. 1, 1981, pp. 148-149

²² Teichman, "Interest Conflict...", p. 149; Mainwaring, "The State and the Industrial Bourgeoisie...", pp. 8-9.

La historia de la Cámara Argentina de Industrias Metalúrgicas, organización patronal que representaba a los fabricantes de artículos de equipamiento y el sector metalúrgico mejor predispuerto para con el gobierno de Perón, demuestra al mismo tiempo la utilidad y las limitaciones de analizar la respuesta de los industriales hacia Perón solamente sobre la base de los intereses sectoriales. La industria apoyaba fuertemente las políticas económicas peronistas, especialmente en lo vinculado a la protección de los aranceles, las tasas de intercambio favorables y el acceso a amplios créditos a través del Banco Industrial. También los favorecían las políticas sociales peronistas, que llevaron a una notable redistribución de los ingresos y a una expansión del mercado interno. Sin embargo, la identificación ideológica de los industriales metalúrgicos con el peronismo no debe ser dejada de lado ni considerada como una mera actitud cínica o destinada al beneficio personal. El nacionalismo popular que proponía el peronismo no resonaba tan sólo en la clase trabajadora, sino también en muchos otros grupos y clases. La ideología justicialista también resultaba atractiva para los industriales. Existen muchos ejemplos concretos de la identificación de la industria con ciertos actos de nacionalismo económico del peronismo, como la nacionalización de los ferrocarriles, que fue aplaudida por los industriales, si bien, claro está, la ideología en este caso no se apartaba demasiado de los intereses del sector, y la industria metalúrgica expresó su esperanza de que la industria metalúrgica local estuviese llamada a cubrir las necesidades de repuestos y vías que tendría el ferrocarril público.²³ Quizás el ejemplo más elocuente de coincidencia entre ideología e intereses haya sido la participación y el apoyo en los dos “Planes Quinquenales” de Perón. La Cámara fue uno de los paladines y fanáticos entusiastas de los ideales de los Planes Quinquenales: apoyo a la industria “nacional”, intervención del Estado para aliviar los problemas de la industria, desarrollo de una industria metalúrgica pesada y búsqueda de la “independencia económica”.²⁴ Cuando Perón intentó organizar a los industriales del país en una Confederación de la Industria (Ci) properonista, los líderes de la industria metalúrgica, como Aquiles Merlini, Torcuato Sozio Di Tella (sobrino de Torcuato padre), Alberto O. Schärer, Roberto van Gelderen y Marcos Zimmerman, todos miembros de la Cámara, fueron

²³ *Metalurgia*, núm. 128, abril de 1951, pp. 3, 5-6; *Metalurgia*, núm. 130, junio de 1951, p. 13.

²⁴ *Metalurgia*, núm. 137, enero-febrero de 1952, pp. 5-12; *Metalurgia*, núm. 147, diciembre de 1952, p. 3; *Metalurgia* núm. 148, enero-febrero de 1953, p. 3; *Metalurgia* núm. 151, mayo de 1953, p. 3: Actualmente estoy trabajando en un estudio más extenso acerca de las empresas y las políticas económicas peronistas, basándome en parte en la documentación de la Secretaría de Asuntos Técnicos y en los documentos del Segundo Plan Quinquenal, recientemente adquiridos por el Archivo General de la Nación. Mis conclusiones son todavía tentativas, pero con toda seguridad, en la correspondencia de los industriales que buscan créditos, patentes y contratos con el gobierno, aparece un cierto grado de identificación ideológica con el peronismo, la planificación económica peronista y el espacio político que abrieron las políticas económicas de Perón, dándoles a algunos grupos, como por ejemplo el de los industriales, la oportunidad de participar en una vida pública redefinida, que tiene su mejor representación en los Planes Quinquenales.

elegidos para constituir el primer Comité Ejecutivo. Merlini fue designado primer presidente de la CI.²⁵

Sin embargo, a medida que el tiempo fue transcurriendo, aparecieron tensiones respecto del gobierno peronista y el apoyo al régimen se tornó limitado, al igual que la identificación con la ideología justicialista. Los problemas más serios seguían siendo los que derivaban de las políticas laborales de Perón. Hacia 1947, la Cámara ya se quejaba de las organizaciones sindicales, las “comisiones obreras” que estaban, supuestamente, ejerciendo un efecto negativo respecto de la disciplina del personal de las fábricas “desvirtuando completamente el propósito para el cual habían sido establecidas y convirtiéndose en una fuente de desorden, indisciplina y anarquía”.^{26*} Los industriales también se quejaban frecuentemente respecto de los aumentos salariales excesivos que las negociaciones colectivas otorgaban a los trabajadores, de los altos índices de ausentismo y de las reglamentaciones de horarios de cierre de negocios.²⁷ Hacia 1949, cuando la industria estaba consciente de que había una aguda crisis en ciernes, ofreció estas soluciones: abstención del Estado en las relaciones entre trabajo y capital (“permitir a las partes interesadas que actúen libremente en la negociación de los acuerdos colectivos”) e intervención del Estado en la defensa de la industria (“Someter todas las importaciones al régimen de permisos previos y sujetas a comprobación de que no se producen en el país”).²⁸

Para ese momento y quizás resignados al hecho de que los aumentos salariales iban a ser un componente permanente en las relaciones industriales de la argentina peronista, los empresarios metalúrgicos comenzaron a exigir que los aumentos de salarios fuesen acordes con los aumentos de la productividad.²⁹ La Cámara atribuía cada vez más sus dificultades para competir en los mercados del exterior o para mantenerse en el mercado interno sin la protección del Estado a las permanentes trabas que imponían las comisiones obreras, a la baja productividad de los trabajadores y al excesivo costo laboral.³⁰ La industria metalúrgica, debido a la gran cantidad de trabajadores que empleaba y el escaso acceso que tenía a la tecnología del exterior, fue la que más manifestó la necesidad de racionalización y aumento de productividad de los trabajadores.³¹ Poco a poco, se fueron deteriorando las relaciones entre trabajo y capital en esta industria. Para la segunda administración peronista, la “función social del capital”, que los industriales metalúrgicos parecían

²⁵ *Metallurgia*, núm. 136, diciembre de 1951, pp. 3, 23.

²⁶ *Metallurgia*, núm. 86, junio de 1947, pp. 3-4.

* N de la T: esta cita fue retraducida por no encontrarse el documento original.

²⁷ *Metallurgia*, núm. 87, julio de 1947, pp. 34, 10-11; *Metallurgia* núm. 89, setiembre de 1947, pp. 3-4; *Metallurgia* núm. 101, octubre de 1948, p. 23.

²⁸ *Metallurgia* núm. 110, agosto de 1949, pp. 6-7.

²⁹ *Metallurgia* núm. 113, noviembre de 1949, p. 3.

³⁰ *Metallurgia* núm. 145, octubre de 1952, pp. 3, 33-36.

³¹ Véase *Metallurgia* núm. 161, abril de 1954, pp. 13-15; *Metallurgia* núm. 162, mayo-junio de 1954, pp. 3-4; *Metallurgia* núm. 167, noviembre de 1954, p. 3; *Metallurgia* núm. 172, mayo de 1955, p. 16.

apoyar, consistía en algo semejante a la idea de “una paga justa por una jornada laboral justa”.

A todos éstos, se sumaban más problemas. Durante la segunda administración peronista, comenzó a hacerse evidente para los gobernantes y para los industriales que el modelo de crecimiento económico que originariamente habían planteado los peronistas se estaba agotando. Ese modelo se había basado en la redistribución de los ingresos a partir de los aumentos salariales otorgados a la clase trabajadora, en la promoción industrial a partir del acrecentamiento del consumo interno, los subsidios, los créditos bancarios y el proteccionismo. Perón intentó hacer modificaciones al modelo, tal como se evidencia en el Segundo Plan Quinquenal, que pone énfasis en el aumento de la productividad de los trabajadores, el aliento a las exportaciones agrícolas y una política de mayor receptividad respecto de los capitales extranjeros. Los industriales del país acompañaron estas modificaciones de una manera bastante ambigua. Aunque estaban plenamente de acuerdo con la idea de aumentar la productividad de los trabajadores, los industriales que no estaban relacionados con sectores exportadores tales como las industrias de producción de carne envasada, tenían reparos respecto de cualquier redistribución de los ingresos que quitara recursos a las industrias para dárselos nuevamente al sector agrícola. Los fabricantes de lavarropas y heladeras, por ejemplo, se quejaban de que el gobierno quería bajar los precios de sus productos o restringir la importación de las hojas de metal que ellos necesitaban para producirlos, siendo que no existía una industria siderúrgica nacional que los proveyera de los insumos indispensables.³² De la misma manera, la “Sección Fabricantes de Maquinaria Agrícola y sus Repuestos”, uno de los más poderosos grupos de la Cámara a comienzos de los años cincuenta, se quejaba de los planes del gobierno para mecanizar la agricultura y aumentar la productividad importando sin recargos maquinaria agrícola extranjera.³³ Los industriales habían comenzado además a mirar con creciente suspicacia el crecimiento del sector público. El Estado se había adueñado de industrias que ahora competían con la actividad privada. Los industriales criticaban, por ejemplo, la fabricación de motores y otros productos metalúrgicos en las fábricas militares de Córdoba, alegando que esa producción representaba una competencia innecesaria, que dañaba a la industria nacional y detenía el desarrollo industrial del país.³⁴ Existiendo todo este tipo de tensiones en ascenso, no es sorprendente que los industriales metalúrgicos hayan manifestado una tibia aprobación frente al derrocamiento de Perón en 1955. Ellos criticaban el abuso de poder del régimen peronista, pero advertían que ese tipo de abusos no debían usarse para justificar la implantación de un régimen económico excesivamente liberal, ya que un plan económico

³² *Metallurgia* núm. 126, enero-febrero de 1951, p. 17; *Metallurgia* núm. 127, marzo de 1951, pp. 3, 7; *Metallurgia* núm. 167, noviembre de 1954, pp. 7-8; *Metallurgia* núm. 171, abril de 1955, p. 26.

³³ *Metallurgia* núm. 145, octubre de 1952, pp. 3, 33-36.

³⁴ *Metallurgia* núm. 152, junio de 1953, pp. 7; *Metallurgia* núm. 153, julio de 1953, p. 3.

de este tipo dejaría desprotegida a la industria argentina y devolvería al país a una etapa pastoril.³⁵

Otras industrias e industriales fueron aun más críticos que los metalúrgicos respecto de Perón y de las políticas peronistas. En consecuencia, los intentos de Perón de reunir a los industriales en una organización progubernamental tuvieron solamente un éxito parcial. Después que el gobierno intervino la UIA el 17 de mayo de 1946, Perón estableció la AAPIC para que apoyara a aquellos grupos industriales de dentro y fuera de la UIA que estuviesen dispuestos a cooperar con el régimen. La estructura de la AAPIC no sólo tenía cabida para los intereses industriales sino también para los comerciales y los agrarios y dejaba ver la intención de Perón de cortejar a los distintos sectores de la economía y de fortalecer la base policlasista de su régimen, como así también su representación corporativa. En el aspecto ideológico, los miembros de la AAPIC se pueden haber identificado con algunas facetas del concepto peronista de la “comunidad organizada” y con el nacionalismo económico. La AAPIC defendía consistentemente la intervención del Estado en la economía, la armonización de los intereses de distintas clases y hacía uso de un vocabulario político que ponía énfasis en la “solidaridad”, la “defensa de la nación” y atacaba al “individualismo egoísta”.³⁶ Sus pautas programáticas parecían revelar más simpatía por un sistema corporativista, que adhesión al liberalismo económico que la UIA había abrazado:

debemos enfrentar con resolución el problema social. La armonía entre los comerciantes, los campesinos y los industriales. La armonía entre el capital y el trabajo, para que el primero tome conciencia de su papel como promotor del progreso. La armonía para con el estado, que queremos que controle vigilantemente los problemas económicos y sociales para que cada uno cumpla con el papel que le corresponde en la búsqueda de la prosperidad del país.^{37*}

Sin embargo, es importante no sobrestimar la afinidad ideológica ni se debe confundir el apoyo a medidas específicas con simpatía ideológica, ni siquiera con un acuerdo general con la política económica del régimen. Como organización, la AAPIC nunca se identificó por completo con el Estado peronista. Es posible que las imágenes de Perón y Evita aparecieran frecuentemente en sus publicaciones y que dieran públicamente numerosas muestras de fidelidad al régimen, pero la genuina simpatía ideológica era bastante superficial en la mayoría de los miembros. La AAPIC tampoco se mostró muy entusiasta respecto de las fuertes sugerencias de Perón de que organizaran a los

³⁵ *Metalurgia* núm. 176, setiembre de 1955, p. 3.

³⁶ Véase: “Hacia un sistema gremial confederativo”, AAPIC, *Boletín Semanal*, núm. 2, 29 de mayo de 1948, p. 1.

³⁷ “Manifiesto de las fuerzas económicas del país”, *Boletín de la AAPIC* 1, núm. 1, diciembre de 1946, p. 1.

* La cita fue retraducida por no encontrarse el documento original (N. de la T.).

hombres de negocios del país en una entidad. Más bien temían que una organización de ese tipo disminuiría las influencias de las empresas de Buenos Aires que habían dominado la UIA y seguirían dominando la AAPIC. Las principales preocupaciones de la entidad, como se puede suponer, no tenían que ver con la promoción de la doctrina justicialista, sino más bien con las condiciones del mercado, los problemas de transporte, el crédito, el acceso a los insumos y las negociaciones colectivas. Lo más probable es que la AAPIC haya abrazado tibiamente el peronismo y haya establecido una relación de trabajo con Perón con simples propósitos de supervivencia económica. Más aún, el control que el gobierno ejercía sobre la organización siempre fue débil y la AAPIC no se privaba de criticar al régimen, en especial respecto de las políticas salariales y de precios, dado que las industrias representadas en la organización a menudo no eran suficientemente grandes como para preocuparse por el control de las fábricas.³⁸ Además, dado que muchos de los hombres de negocios, industriales y productores agrícolas más poderosos de país no aceptaron participar en esta organización, la AAPIC dejó de servir a los propósitos que Perón le había asignado.

La imposibilidad de convertir a la AAPIC en una poderosa asociación de empresarios llevó a Perón a desarmarla y a establecer el CEA en su lugar. Tal como la AAPIC, el CEA representaba primordialmente los intereses económicos de Buenos Aires, aunque se diferenció de aquella porque tuvo la capacidad de convocar a algunas de las empresas que habían salido de la UIA, tales como la metalúrgica SIAM-Di Tella, Pirelli, la más grande industria nacional que fabricaba neumáticos, y la empresa cementera Loma Negra.³⁹ Su vinculación directa con la UIA quedaba demostrada por las incesantes negociaciones que realizaba para que ésta recuperara su legalidad, por las propuestas de fusionar esa cámara con la UIA y porque la nueva asociación empresaria funcionaba en los que habían sido los cuarteles generales de la UIA.⁴⁰ Tal como la AAPIC, estaba preocupada por establecer buenas relaciones con el régimen, haciendo trabajo de *lobby* en favor de sus representantes y también buscaba redefinir las relaciones de las empresas con el Estado en la Argentina peronista. Una inquietud típica fue la realización de una encuesta entre los miembros para determinar la existencia de discriminación y obstáculos para la obtención de créditos de la banca, ya nacionalizada.⁴¹

Es posible que, tal como sucedía en el seno de la AAPIC, existieran en su interior ciertas simpatías ideológicas hacia el peronismo. En la ceremonia de fundación del

³⁸ Una crítica típica de la AAPIC a la política del gobierno era la de la misma Cámara Argentina de Industrias Metalúrgicas, en respuesta al Ministerio de Trabajo que garantizaba un 40 % de aumento salarial en la industria. Véase "Cámara Argentina de Industrias Metalúrgicas", AAPIC, *Boletín Semanal* núm. 26, noviembre de 1948, p. 1.

³⁹ Lewis. *The Crisis of...*, pp. 164-165.

⁴⁰ Archivo de la Confederación General Económica, vol. CEA. Actas Comisión Directiva, núm. 2, 27 de setiembre de 1950, Acta núm. 97, pp. 87-88.

⁴¹ Archivo de la Confederación General Económica, vol. CEA. Actas Comisión Directiva, núm. 2, 1 de setiembre de 1949, p. 43.

CEA, en agosto de 1948, la organización dio a conocer públicamente como uno de sus objetivos “obtener la legislación social que responda a un ideal de cooperación y comprensión entre el capital y el trabajo”. También promovió una visión más amplia que la de la vieja UIA respecto del planeamiento industrial, instando, por ejemplo, a la creación de un sistema nacional de escuelas industriales para capacitar mejor a la fuerza de trabajo y proponiendo un programa de organización de conferencias y subvención de becas para promover y difundir el conocimiento científico y tecnológico en la Argentina. Otros proyectos, tales como el Instituto del Trabajo, destinado a estudiar todos los problemas relacionados con el trabajo y las relaciones industriales, y la cooperación estrecha con el gobierno para investigar las tendencias económicas internacionales y diseñar políticas de mercado para los productos argentinos, demuestran que ésta era otra clase de organización de hombres de negocios.⁴² Sin embargo, tal como sucedió con la AAPIC, la CEA funcionó primordialmente como grupo de presión en el Estado peronista, trabajando en favor de los intereses de las actividades económicas establecidas, especialmente de las actividades industriales.

Aunque el CEA representaba primordialmente a empresas porteñas, a los pocos meses comenzó a recibir presiones por parte de los hombres de negocios del interior, para que abriera sus puertas. La rivalidad existente entre los pequeños industriales del interior y los de Buenos Aires, venía haciéndose evidente desde hacía ya un tiempo. En el período 1946-1950, las asociaciones empresarias se habían estado movilizando en el interior, particularmente en el noroeste, una región que había sido próspera durante la época colonial, porque estaba ligada estrechamente a las minas de plata de Potosí. Durante la última parte del siglo XIX había florecido la industria azucarera, protegida por el gobierno, pero para los años cuarenta la región estaba en decadencia económica. Las primeras movilizaciones de empresarios provinciales, primordialmente comerciantes, aunque también pequeños productores agropecuarios y algunos industriales, fueron estrictamente defensivas: protestaban contra las políticas impositivas del gobierno y especialmente contra los aumentos salariales, estos últimos acordados por convenciones colectivas alentadas por el gobierno. Estos aumentos, que desagradaban a los empresarios opulentos de Buenos Aires, resultaban directamente catastróficos para los pequeños empresarios del interior. Sin embargo, pronto avanzaron un poco más allá de los problemas inmediatos e intentaron participar del planeamiento económico peronista. En 1946 tuvo lugar en Santiago del Estero el Primer Congreso de Planificación del Norte Argentino. Se reunieron allí empresarios del noroeste para hacer propuestas y concitar apoyo para el Primer Plan Quinquenal de Perón. En diciembre de 1948 los capítulos de la AAPIC correspondientes al noroeste organizaron el Congreso del Norte e integraron la Federación Económica del Norte Argentino (FENA), que se dedicaría a los problemas particulares de la región.⁴³

⁴² Archivo de la Confederación General Económica, vol. Actas de Asambleas. Asociación Argentina de Producción e Industria, 20 de agosto de 1948, Acta núm. 4, pp. 17-19.

⁴³ Schvarzer, *Empresarios del pasado*.... pp. 101-102.

En mayo de 1950 los miembros de la FENA, junto con representantes de provincias tales como Córdoba, Santa Fe, San Juan, San Luis, Chaco y Mendoza se reunieron en Catamarca para llevar a cabo el Segundo Congreso Económico del Norte y firmaron el Acta de Catamarca, en la cual se comprometían a apoyar la formación de una organización nacional empresaria que se dedicara primordialmente al desarrollo regional y a la promoción del federalismo económico. Ese compromiso fue puesto en práctica ese mismo año, cuando pequeños empresarios de todo el país se reunieron en Mendoza y formaron la Confederación Argentina de Producción, Industria y Comercio (CAPIC), una organización destinada a defender exclusivamente los intereses provinciales. Las dos reuniones de 1950 también resultaron ser foros para la expresión de las quejas generales de las provincias y de sus profundos sentimientos federalistas. También se hizo evidente una marcada animosidad de clase, ya que estos pequeños empresarios esgrimían con orgullo su condición de “bolicheros”, nuevos ricos y *self-made men* adoptando con entusiasmo lo que siempre se había tomado como una calificación despectiva que de ellos hacían los porteños, de la misma manera que la clase trabajadora había adoptado con orgullo su identidad, antes despectiva, de “descamisados”.

A comienzos de los años cincuenta ya estaba claro que las intenciones de Perón de crear una organización empresaria única basada en los intereses económicos dominantes en el país, había fracasado. El legado de los efectos de la crisis del año treinta en muchas de las provincias, la mala integración del interior a la economía nacional y su continua subordinación a Buenos Aires, sumados a la indignación que causaban los regímenes impositivos y las políticas salariales, con las posibles quiebras que acarrearían, movilizaron a los pequeños empresarios de lugares tales como Salta, Catamarca y Chaco.⁴⁴ Poco después, los representantes de la CAPIC comenzaron a asistir a los plenarios del CEA y a expresar sus deseos de que la organización se ocupase de los problemas del interior. Desde el comienzo, los productores azucareros del noroeste fueron los que con mayor fuerza expresaron su necesidad de atención por parte del gobierno. El transporte era un problema grave, especialmente por las deplorables condiciones en que se encontraba el Ferrocarril de Salta, que llegaba hasta Antofagasta en Chile y era un recurso vital para las economías azucareras del noroeste. Los empresarios de la región pensaban que los problemas sólo se podrían solucionar con la intervención del gobierno y la inversión pública. Los productores de algodón, té y yerba mate de las provincias del nordeste también pedían soluciones para los problemas del transporte y para resolver los trastornos generados por la falta de lugares de almacenamiento de sus cultivos.⁴⁵ En el Tercer Congreso Económico del Norte, llevado a cabo en Resistencia en 1951, los temas en discusión mostraron cuáles eran las preocupacio-

⁴⁴ Para una revisión de la historia de la provincia durante los años de la crisis, véase Ronald H. Dolart, “The Provinces”, en Mark Falcoff y Ronald Dolkart (comps.), *Prologue to Perón. Argentina in Depression and War, 1930-1943*, Berkeley and Los Angeles University of California Press, 1975, pp. 164-195.

⁴⁵ Archivo de la Confederación General Económica, vol. CEA. Actas Comisión Directiva, núm. 2, octubre de 1950, Acta núm. 99, p. 95, 23 de noviembre de 1950, Acta núm. 102, p. 115.

nes de los pequeños empresarios: problemas con el crédito, la promoción industrial y el transporte.⁴⁶ Poco a poco, estos intereses económicos regionales fueron ganando espacio dentro del CEA y el sector económico que apoyaba a Perón adquirió un sesgo provinciano. La CAPIC misma se desarrolló hasta convertirse en algo más que una organización defensiva y pasó a ser un organismo imbuido de sentimientos federalistas genuinos. Esta organización encontró en ciertas políticas económicas peronistas, tales como la promoción del mercado interno y el papel activo del Estado en el desarrollo económico, principios con los cuales identificarse.

LA SUBLEVACIÓN DE LAS PROVINCIAS

El CEA, pese a la creciente influencia del interior siguió de todas maneras siendo dominado por los empresarios porteños. Perón, que siempre fue sensible a los cambios de tendencias y de condiciones políticas de su país, comenzó a ejercer presión sobre el CEA para que organizara a todos los empresarios de país y para que iniciara una campaña de registro que permitiese que todas las actividades económicas quedasen incluidas dentro de la estructura corporativa a la que el gobierno aspiraba. El cambio de suerte del Estado peronista así lo requería. A comienzos de los años cincuenta las debilidades del gobierno comenzaban a hacerse evidentes. Hacía falta un frente económico fuerte para afrontar las demandas laborales y para evitar las divisiones dentro de las filas del capital. Perón deseaba establecer una disciplina en el mundo de los negocios, para evitar problemas tales como la capitulación que recientemente habían llevado a cabo algunos industriales textiles frente a las presiones que ejercían sobre ellos las convenciones colectivas y los aumentos de salarios.⁴⁷ El fracaso del CEA, que nunca llegó a funcionar como una cámara de negocios dinámica, llevó a Perón a tomar la iniciativa y organizar en diciembre de 1951 una conferencia en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires para discutir la reorganización de las asociaciones empresarias del país. Esta conferencia culminó con la creación de tres confederaciones nacionales empresarias divididas por secciones (industria, comercio y agricultura), y en agosto del año siguiente, el gobierno estableció la Confederación General Económica (CGE), forzando a los reticentes miembros del CEA a formar parte de esta agrupación.⁴⁸

⁴⁶ *El Chaco*, XXIII, núm. 272, julio-setiembre de 1951, p. 26.

⁴⁷ Archivo de la Confederación General Económica, vol. CEA, Actas de Comisión Directiva, núm. 2, octubre de 1950, Acta núm. 99, p. 95, noviembre de 1950, Acta núm. 102, p. 115.

⁴⁸ El presidente del CEA, Alfredo Rosso fue obligado renunciar a su puesto, y eso hizo que los miembros del CEA denostaran a los "infiltrados dentro del gremialismo patronal". La resistencia a la reestructuración y la inminente pérdida de influencias de los pequeños empresarios de las provincias se hicieron notar en los debates internos del CEA. Véase Archivo de la Confederación General Económica, vol. CEA, Actas de Comisión Directiva, núm. 2, 13 de noviembre de 1952, Acta núm. 111, pp. 153-158.

Sin embargo, la formación de la CGE no fue estrictamente obra de Perón. La movilización de los empresarios provincianos entre 1946 y 1950 se había producido independientemente de cualquier iniciativa de Perón. En realidad, inicialmente esto ocurrió en contra de sus deseos. Aun más, las políticas económicas peronistas entre 1946 y 1951 habían ayudado a crear nuevos intereses provinciales, nuevos industriales (como por ejemplo los que aparecieron a partir del surgimiento de pequeñas industrias textiles en el Chaco o los metalúrgicos de Córdoba, que se beneficiaron con la expansión del IAME durante la administración peronista), granjeros que antes eran arrendatarios y comerciantes que habían sido empleados de comercio. Estas personas necesitaban de alguien que los representara y deseaban que ese representante estuviese imbuido por los sentimientos fuertemente federalistas tan poderosos en las provincias. Los miembros de la CAPIC respondieron a la iniciativa de Perón con más entusiasmo del esperado y organizaron “federaciones económicas” a partir de las bases en todo el interior, con el objeto de elegir miembros para las tres confederaciones nacionales que juntas elegirían a su vez los líderes nacionales de la CGE.

Los miembros de la CGE surgieron principalmente de las filas de la disuelta CAPIC. La figura dominante en la CGE durante las siguientes dos décadas fue un provinciano y ex viajante de comercio, José Ber Gelbard, primer presidente de la CGE. Gelbard, hijo de inmigrantes judíos polacos y propietario de un comercio en Catamarca pasaría a ser el principal ideólogo de la “burguesía nacional” y el más sólido defensor de la alianza entre empresarios y trabajadores y de un programa económico federalista. Poco después de la elección de Gelbard, Perón promulgó la famosa ley 14295, o Ley de Asociaciones Profesionales de Empleadores, estableciendo que una Asociación Profesional de Empleadores por sector debería negociar con los trabajadores. Éste era el equivalente del derecho/obligación semejante que Perón garantizaba a los sindicatos y así establecía las bases para la negociación en las convenciones colectivas.⁴⁹ Tanto los representantes del trabajo como los del capital debían sentarse a negociar en la mesa de la Comisión asesora económica. Ésta era una idea que agradaba a las organizaciones empresarias, según revelan los debates internos que tuvieron lugar en la CGE.⁵⁰

En el plano ideológico, los pequeños empresarios del interior que dominaban la CGE encontraron en la ideología peronista muchos aspectos con los cuales simpatizaban. Una de las características sobresalientes de la ideología de estos pequeños empresarios era el antiliberalismo y el nacionalismo.⁵¹ La idea peronista de la “co-

⁴⁹ Schvarzer, *Empresarios del pasado...*, pp. 102-103, Teichman, “Interest Conflict...”, pp. 151-152.

⁵⁰ Archivo de la Confederación General Económica, Libro de Actas de Comisión Directiva, 1952-1953, Acta núm. 2, 20 de enero de 1953, p. 3.

⁵¹ La CGE era, por lo menos en parte, la respuesta de la segunda y tercera generación de inmigrantes a la resistencia de las estructuras oligárquicas de la sociedad argentina. Sus aspiraciones frustradas de movilidad social y participación significativa en la vida pública del país se combinaron con las preocupaciones federalistas de las provincias y con la histórica rivalidad con Buenos Aires, para formar de esa manera una ideología única, que amalgamaba el nacionalismo con el federalismo y tenía un fuerte componente de

munidad organizada” y de las responsabilidades nacionales y sociales del capital resultaba muy atractiva para individuos que en otras épocas habían visto cómo las políticas económicas del país estaban dominadas por la elite tradicional de Buenos Aires y por sus socios británicos, bajo el disfraz de una economía del *laissez-faire*.⁵² Mientras las economías provinciales luchaban durante la crisis del año treinta, para recuperarse sólo parcialmente después de la guerra, la de Buenos Aires sobrevivía y luego florecía. En provincias en las cuales la cuestión “laboral” recién comenzaba a hacerse conocida y en las cuales hasta un exitoso empresario como Gelbard solía estar a una sola generación de distancia del más humilde de los trabajadores, el discurso antioligárquico de Perón resultaba muy atrayente. Para encarar las distorsiones resultantes del dominio que durante un siglo había ejercido Buenos Aires sobre las economías y para establecer un federalismo económico genuino, estos pequeños empresarios apoyaron el planeamiento por parte del Estado y una suerte de estructura corporativa: “Si para las fuerzas del trabajo la acción individual resultó inoperante, para las del capital no tiene por qué ser de distinta manera. La hora actual en la actividad económica no es la de la obra individualista sino la de la organización en entidades de afinidad funcional”.⁵³

La Confederación General Económica fue una continua defensora de la “agremiación” de las empresas, sosteniendo que eso permitiría “organizar” y “armonizar” los intereses del capital para el mayor bien de la nación. El planeamiento económico peronista, bajo las formas de un comité estatal dedicado a la compra de granos (IAP), de los Planes Quinquenales o de las actividades del Banco Industrial, recibió la mejor de las acogidas. Era necesario regular cuidadosamente el capital extranjero, al que se debía alentar en aquellas áreas en las cuales el capital nacional no podía funcionar, para alentar el desarrollo de nuevos métodos de producción y nuevas tecnologías, pero siempre dentro de ciertos límites y de acuerdo con un plan nacional económico.⁵⁴ Tal como había sucedido con la AAPIC y con el CEA, la relación entre

clase. Para comprender la historia de la CGE y la presencia de grupos capitalistas en la alianza populista peronista, es necesario comprender la geografía cultural y económica de Argentina. Por qué algunas provincias eran miembros activos, mientras que otras apenas participaban, cuál era el papel de las economías regionales y de las empresas locales en esta historia, son algunas de las cuestiones cruciales en la historia de la relación entre actividad económica y peronismo.

⁵² Cúneo, pp. 175-176. Las posiciones de la CGE fueron coherentes durante toda su historia. Esta organización deseaba una política monetaria expansionista, que debía ser llevada adelante por el Banco Central, un Banco Industrial activo y sostenido por el gobierno, amplio crédito y un mercado interno fuerte. También requería una intervención considerable del Estado en la economía, aunque deseaba que esta intervención fuese menor en lo que concernía a las relaciones entre capital y trabajo. Además, y por sobre todas las cosas, reclamaba la implementación de programas de desarrollo provincial-regional, medidas proteccionistas para la industria “nacional” e inversión pública en investigación tecnológica y científica.

⁵³ Confederación General Económica de la República Argentina, “La crisis de la acción individual”, *Boletín Informativo*, núm. 15, 18 de febrero de 1954, p. 5.

⁵⁴ Freels, *El sector industrial...*, p. 96.

la CGE y Perón fue de mutua conveniencia. Perón recibía el apoyo de los empresarios para llevar adelante sus políticas, mientras que los miembros de la CGE podían desarrollar sus intereses a través del Estado, sin que la organización fuese absorbida completamente por las estructuras muy corporativas del gobierno peronista. En efecto, tal vez el golpe de Estado de 1955 haya salvado a la CGE de ser totalmente asimilada al Estado peronista. Las Actas Internas de la CGE no incluyen ninguna clase de elogio a Perón o de gestos de adhesión al régimen. El minuto de silencio al que se convocó en homenaje a Eva Perón tras su muerte fue lo más osado en cuanto a acercamiento al partido. En realidad la CGE sostenía permanentemente que si bien la organización apoyaba al gobierno y a sus políticas para fomentar la integración y el desarrollo económico, eso no implicaba una adhesión a un partido político (vale decir, al Partido Justicialista).⁵⁵ Sin embargo, entre el Partido Justicialista y la CGE existía mayor afinidad política que la que había existido con otras organizaciones empresarias. No es pues, tan sustancial, que la CGE o Gelbard fuesen o no peronistas. En realidad el mismo Gelbard sostenía que pertenecía al partido Radical, y hasta existen evidencias de que mantenía una relación amistosa con los comunistas.⁵⁶ Está claro que existía una compatibilidad ideológica y de intereses que permitía establecer lazos orgánicos entre los empresarios y el Estado.

La CGE estaba incuestionablemente dominada por pequeños empresarios de las provincias, aunque en esos primeros años también estaban representados en ella los intereses porteños, y hasta los de los empresarios más poderosos, los miembros de la Bolsa de Comercio, la UIA y la Sociedad Rural, que querían mantener buenas relaciones con el gobierno.⁵⁷ En los primeros seis meses de 1953, sin embargo, Gelbard había viajado por las provincias para organizar “federaciones” provinciales, preparándose para las elecciones de las autoridades de la CGE. El primer comité ejecutivo, electo el 16 de agosto de 1953 se volcaba claramente en favor de las provincias.⁵⁸ Una

⁵⁵ Archivo de la Confederación General Económica, “Actas de Asambleas de la CGE”, núm. 1, 1954-1955, Acta núm. 4, 2 de agosto de 1955, p. 65. “Memoria” de la CGE, 1954-1955, p. 4.

⁵⁶ Isidoro Gilbert, corresponsal en Argentina de la Agencia Tass, recientemente publicó su exposición acerca de la historia secreta del Partido Comunista Argentino (PCA) y sostiene que Gelbard no sólo era un miembro del partido, sino que además era uno de los principales benefactores del PCA. Véase *El oro de Moscú*, Buenos Aires, Editorial Planeta, 1994, pp. 232-252.

⁵⁷ Cuando Perón intervino la UIA en 1946, prohibió la entrada de nuevos miembros a esa organización. Muchos miembros se fueron y pasaron a formar parte de la AAPIC, el CEA y finalmente de la CGE. Al disminuir la cantidad de miembros, la UIA se vio muy perjudicada en lo financiero, y apenas tenía actividad cuando fue disuelta en 1953. Perón también presionó a la Sociedad Rural para que se uniera a la CGE y por eso hay unos pocos estancieros en el primer comité ejecutivo de la organización. Sin embargo, la actitud de la Sociedad Rural respecto de la CGE fue en general hostil.

⁵⁸ Los miembros del primer comité ejecutivo, sus principales intereses económicos y su lugar de origen eran como se indica a continuación: presidente, José Ber Gelbard, comerciante, Catamarca-Santiago del Estero; vicepresidente primero, Agustín Seghezze, maderero, Catamarca; vicepresidente segundo, Francisco Murro, comerciante, Capital Federal; secretario, José Gregorio de Elordy, estanciero, Buenos Aires; prosecretario, Héctor Tortosa, maderero, propietario de aserraderos, Misiones; tesorero, Juan Mar-

vez en el poder, el cuerpo ejecutivo de la CGE siguió dedicando el grueso de sus esfuerzos a las provincias y Gelbard organizó delegaciones en Paraná, Santa Fe, Rosario, Mendoza, Catamarca, Tucumán, Jujuy, Salta, Río Negro, Córdoba, San Juan y San Luis, entre 1954 y mayo de 1955.⁵⁹ La CGE también se interesó en las regiones menos desarrolladas del país y estableció la “Comisión de zonas menos desarrolladas”, organizando conferencias en Comodoro Rivadavia y La Rioja en 1954 y apadrinando, en marzo de 1955 el Primer Congreso Económico de la Patagonia.⁶⁰

El inconveniente que traía a la CGE el hecho de ser sostenida por las provincias, era que sufría constantes presiones para que resolviera los severos problemas económicos del interior. Esa situación provocaba muchas tensiones entre los miembros de la organización, que representaban a distintas economías regionales con intereses no necesariamente compatibles con los de otros miembros. Por ejemplo, los pequeños productores azucareros de Tucumán insistían en que la CGE se abocara a elaborar un programa para que se subsidiaran los precios para esa industria, mientras los productores de vino de San Juan y Mendoza pedían lo mismo para su industria. En dos ocasiones, Gelbard se negó rotundamente a comprometer a la organización en una campaña en favor de los precios del azúcar, mientras la CGE se oponía a una huelga patronal que llevaban adelante los productores de vino, que reclamaban lo mismo.⁶¹

La estructura de la CGE era muy acorde con el concepto peronista de “comunidad organizada”. Las tres divisiones de la organización —Confederación de la Industria (industriales), Confederación de Comercio (comerciantes) y Confederación de la producción (agricultura)— se organizaban desde las bases, habitualmente a partir de las cámaras de comercio locales, que elegían a las federaciones provinciales. Las federaciones provinciales elegían las autoridades de las tres confederaciones nacionales, quienes a su vez elegían al cuerpo central de la CGE. La industria, el comercio y la agricultura estaban representadas en proporciones iguales dentro del comité ejecutivo de la CGE, asegurando una influencia preponderante de las provincias. En todos estos niveles se concedía a las empresas igual representación, sin importar su tama-

tínez Centeno, comerciante, Capital Federal; pro-tesorero, A. Oscar Blake, fabricante de maquinaria, La Plata. Vocales: Roberto Aragoné, comerciante mayorista, Mar del Plata; Víctor Manuella, empresa metalúrgica, Rosario; Francisco Lucena Racero, industria alimenticia y viñedos, Mendoza; Carlos Carlini Carranza, empresa metalúrgica, Buenos Aires; Dr. Camilo O. Matta, abogado, La Rioja; Roberto Mercier, terrateniente, Buenos Aires; Luis Pincolini, viñedos, Mendoza. Vocales suplentes: Camilo J. Matta, industria alimenticia, algodón y textiles, Chaco; Carmelo Calarco, comerciante, Buenos Aires; Juan Tártara, maderas y molinos, Tucumán; Eduardo Azaretto, industria alimenticia, Buenos Aires; Juan Taranzo, molinos azucareros, Tucumán.

⁵⁹ Archivo de la Confederación General Económica, Actas de Asambleas, núm. 1, 1954-55, 2 de agosto de 1955, Acta núm. 4, pp. 80-81.

⁶⁰ Pablo Castel, *Empresariado nacional...*, p. 64.

⁶¹ Archivo de la Confederación General Económica, Actas de Comisión Directiva, 1953-1954, Acta núm. 12, 17 de diciembre de 1953, pp. 4-5. Acta núm. 13, 1 de febrero de 1954, pp. 6-10.

ño. Esto hacía que las empresas pequeñas dominasen la organización, aunque en realidad eran las empresas grandes las que la subsidiaban, dado que cada empresa debía contribuir con un décimo del uno por ciento de sus ganancias anuales para sostener a la CGE.⁶² El comité ejecutivo de la CGE, a su vez, participaba de la Comisión Económica Consultiva del gobierno a través de las membrecías en sus miles de sub-comités (precios, vivienda, comercio exterior, costo de vida, transporte, relaciones laborales y otros) para brindar consejo económico para las políticas del gobierno. La CGE ejerció un considerable grado de influencia sobre la política económica en los últimos años del gobierno peronista. Por ejemplo, en 1954, el Banco Central decidió subsidiar la importación de maquinaria industrial, sobre la base de los planes que habían preparado en conjunto el gobierno y la CGE.⁶³ Por el contrario, el federalismo de la CGE, sus prácticas democráticas y el peso que sobre ella ejercían los pequeños empresarios del interior nunca encajaron bien con las intenciones de Perón.⁶⁴

La decisión de Perón de establecer una organización empresaria sólida no respondía exactamente a su voluntad de fortalecer la base política del movimiento. También ejercían una fuerte influencia la crisis coyuntural y los problemas económicos severos de su segunda administración. Como ya he dicho, fue en la industria textil donde mejor se vio su interés de disciplinar las caóticas maneras en que se desarrollaban las actividades económicas. Tempranamente se asignó a la CGE la tarea de llevar a los industriales y comerciantes de ese rubro a pactar una restricción en los precios.⁶⁵ Sin embargo, lo que Perón hizo por sobre todas las cosas fue usar a la CGE para fortalecer las actividades económicas y disminuir así su dependencia respecto de las uniones, revertir el descenso de la productividad y aumentar la demanda laboral. La CGE puso énfasis en el concepto de la “función social” de las empresas y en realidad no era cínica cuando proclamaba estar interesada en mejorar el nivel de vida de los trabajadores. Una clase trabajadora en ascenso y un mercado interno en expansión obviamente eran buenos para los intereses de los miembros de la CGE, pero además

⁶² Cúneo, *Comportamiento y crisis...*, pp. 173-175, Lewis, *The Crisis of...*, p. 172.

⁶³ Carlos Díaz Alejandro, *Essays on the Economic History of the Argentine Republic*, New Haven, Yale University Press, 1970, p. 261.

⁶⁴ El disgusto de Perón por tener que aceptar a la CGE como representante de los empresarios en su “comunidad organizada”, se hace evidente si tenemos en cuenta las tendencias centralistas de su gobierno. Durante el Segundo Plan Quinquenal, por ejemplo, se privó aún más a las provincias de su autonomía, los proyectos públicos fueron responsabilidad exclusiva del gobierno federal, los códigos penales federales fueron abolidos, el Ministerio de Educación ejerció control directo sobre los currícula, los libros y los métodos de enseñanza y todas las actividades de bienestar social cayeron bajo la jurisdicción de la Fundación Eva Perón. Véase Jean Caude García Zamora, *Public Administration and Social Changes in Argentina: 1943-1955*, Río de Janeiro, 1968, pp. 129-130. La CGE aceptó este centralismo a cambio de una mayor participación para el interior en el presupuesto federal y un plan quinquenal que abarcaba incuestionablemente a todo el país y que buscaba estimular el desarrollo económico de las provincias.

⁶⁵ Archivo de la Confederación General Económica. Libro de Actas de Comisión Directiva, 1952-1953, Acta núm. 11, 20 de noviembre de 1953, pp. 31-34.

existía una simpatía genuina respecto del concepto de justicia social como instrumento de la integración nacional y de la gloria argentina.

Sin embargo, la conciliación de clases tenía sus límites. Aunque el discurso público de la CGE enfatizaba ideas tales como la “integración”, la “economía social” y un “sector empresario patriótico”, en lo que se refería a cuestiones laborales la organización era un poco más convencional. La CGE no asumió una línea muy dura respecto de las cuestiones salariales, ya que la mayoría de sus miembros dependían de un mercado fuerte para poder sobrevivir. Fueron más bien los impuestos, la productividad y los problemas de las fábricas, cada vez más importantes debido al creciente peso del sector industrial, los que terminaron por demostrar que la fidelidad más fuerte era para con las ganancias de las propias empresas. La CGE manifestó una posición muy fuerte en el sentido de igualar sueldos cada vez más altos con una mayor productividad para evitar la inflación. Ésta fue una postura que la organización sostuvo con coherencia desde sus orígenes hasta el “Pacto social” establecido por el gobierno peronista de los años setenta. Sus debates y publicaciones internas demuestran que los miembros eran muy críticos respecto de esta faceta de las políticas económicas del gobierno, que no conseguía mantener “equilibrio”, “orden” y “reciprocidad” en el proceso de negociación colectiva, para asociar las subas salariales con una mayor productividad.⁶⁶

A medida que pasaba el tiempo, la CGE fue ampliando el espectro de sus críticas. El ala industrial de la CGE cada vez se hizo más crítica respecto del poder creciente de los sindicatos en los lugares de trabajo y objetó, por ejemplo, la obligatoriedad de que los capataces y los técnicos estuviesen asociados a los mismos, señalando el efecto negativo de esta obligación en la disciplina y la productividad. De la misma manera, se quejó de los abusos ejercidos por los tribunales del fuero laboral y de lo que se dio en llamar “la industria del despido”, es decir la búsqueda intencional de un despido por parte de los trabajadores, para cobrar así una suculenta indemnización.⁶⁷ Las críticas no se limitaban al ámbito de las fábricas. Pronto comenzaron a oponerse a un amplio conjunto de medidas, incluidas en los programas de bienestar social del gobierno y a la política económica populista en general. La CGE, por ejemplo, atacó las políticas peronistas respecto de la vivienda y culpó a la política de control de los alquileres de la escasez de viviendas en el país, sosteniendo que era imprescindible que se eliminase el control sobre los alquileres si se deseaba que las

⁶⁶ Archivo de la Confederación General Económica, Actas de Asambleas, 1954. Acta núm. 2, 2 de setiembre de 1954, pp. 15-18, “La CGE analiza la situación planteada en las tratativas para renovar los convenios de trabajo”, Confederación General Económica de la República Argentina, *Boletín Informativo* 1, núm. 24, 29 de abril de 1954, pp. 3-4; “El gobierno de la empresa”, *Boletín Informativo* 1 núm. 27, 20 de mayo de 1954, pp. 3-4; “Armonía Social”, *Boletín Informativo* 1, núm. 28, 27 de mayo de 1954, p. 3.

⁶⁷ Archivo de la Confederación General Económica, “Actas de Asambleas”, 1954, núm. 1, Acta núm. 4, 2 de agosto de 1955, pp. 95-97. Confederación General Económica, “Memoria”, 1945-1946. En respuesta a estas críticas Perón permitió a la CGE que asignara consejeros para los juzgados laborales, que trabajarían fuera del ámbito del Ministerio de Trabajo y Bienestar Social.

empresas privadas se ocupasen del problema de la vivienda.⁶⁸ Ni siquiera la aparentemente sacrosanta estructura sindical del peronismo fue inmune a las críticas. La CGE propuso revisar el sindicalismo industrial propuesto por Perón y remplazarlo por un sistema más flexible que permitiera la creación de uniones “horizontales” de artesanos para los trabajadores calificados.⁶⁹

Perón generalmente simpatizaba con los pedidos de los empresarios y probablemente le hubiese gustado doblegar el poder de los sindicatos en las fábricas y aumentar la productividad. Una de sus primeras jugadas en favor de la productividad de las fábricas fue la creación de la Universidad Obrera Nacional en 1952, que tuvo su primer campus en la localidad bonaerense de Avellaneda y que luego multiplicó sus sedes en todo el país. El propósito de la universidad obrera era difundir la educación científica y tecnológica y crear de esta manera una fuerza de trabajo más capacitada y presuntamente más productiva. En los estatutos de esta Universidad, el Comité de Directores debía incluir a industriales, que debían participar en el desarrollo de las curriculas.⁷⁰ Como parte de la iniciativa peronista de difundir el conocimiento científico y tecnológico, el gobierno también creó el Centro Nacional de Documentación Científica y Técnica, para difundir el conocimiento científico y tecnológico dentro de la comunidad empresaria y designó agregados en ciencia y tecnología para las embajadas argentinas en los países más desarrollados, con el objeto de mantenerse en la avanzada en esos campos.

También fue Perón y no la CGE quien convocó a dos Congresos de la Productividad, para ocuparse de los problemas en los lugares de trabajo que habían surgido como consecuencia de sus propias políticas laborales.⁷¹ La CGE auspició, junto con la CGT el “Primer Congreso de Organización y Relaciones del Trabajo”, que se llevó a cabo del 23 al 28 de agosto de 1954. El auspicio de esta reunión por parte de la CGE no fue una simple medida defensiva. Hacía mucho que esta institución estaba interesada en conceptos americanos de gerenciamiento científico y en lo atinente a reformas organizativas. Además, en muchas ocasiones la CGE había criticado a la UIA, no sólo por sus prácticas monopólicas, sino también por su abordaje tradicional de las cuestiones gerenciales y por su estilo paternalista. La CGE consideraba que ambas cosas eran obstáculos para la creación de una cultura industrial moderna.⁷² El congreso tenía como objetivo fundamental buscar un mejor equilibrio en los lugares de trabajo, que por esa época estaban muy dominados por los sindicatos. En

⁶⁸ Archivo de la Confederación General Económica “Actas de Asambleas”, 1954, núm. 1, Acta núm. 2, 2 de setiembre de 1954, p. 34.

⁶⁹ Confederación General Económica, *Memoria*, 1954-1955, p. 46.

⁷⁰ Biblioteca del Congreso. Colección Peronista. Ministerio de Educación, “Universidad Obrera Nacional. Reglamentos de Organización y Funcionamiento”, 1953.

⁷¹ Archivo de la Confederación General Económica, Actas Comisión Directiva, 1, 1954, Acta núm. 19., 28 de junio de 1954, pp. 62-63.

⁷² Freels, *El sector industrial...*, p. 18.

el discurso de apertura de Gelbard, se expresaba esta idea de manera bastante ambigua, al decir que se buscaba lograr una “racionalización humanizada” de las fábricas, para aumentar la productividad y poder así satisfacer las demandas salariales, que se estaban tornando una carga muy pesada.⁷³ Las sesiones de la conferencia se dedicaron a cuestiones de relaciones industriales, tales como la psicología industrial, los incentivos de productividad, los programas de entrenamiento y la organización científica de la empresa. Pese a que Gelbard sostenía su interés en una racionalización “humanizada”, la conclusión de la conferencia fue bastante convencional: se decidió adoptar un sistema de producción cuidadosamente ajustado en cuanto a los tiempos, para compensar las limitaciones tecnológicas de las fábricas argentinas y el 10% de descenso de la producción per capita que, según la CGE se había dado en las fábricas argentinas entre 1943 y 1953.⁷⁴

El segundo y aclamado congreso de la productividad –el “Congreso Nacional de Productividad y Bienestar Social”– que tuvo lugar del 21 al 31 de marzo de 1955, también fue convocado a instancias de Perón y fue recibido con un poco menos de entusiasmo por la CGE, que dudaba de la posibilidad de implementar esquemas de aumento de la productividad y de racionalización, dado el vínculo más estrecho que existía entre el Estado peronista, la clase trabajadora y los sindicatos que la representaban y que sostenían al gobierno en medio de un creciente clima de oposición al régimen. De todas maneras la CGE seguía insistiendo en que era necesario equilibrar el poder en los lugares de trabajo, para poder así mejorar la productividad y superar los cuellos de botella estructurales de la industria argentina. La CGE estuvo de acuerdo en participar del congreso.⁷⁵ Una vez más se discutieron las

⁷³ Archivo de la Confederación General Económica, “Apertura del Congreso. Palabras del Sr. José Ber Gelbard.” CGE “Primer Congreso de Organización y Relaciones de Trabajo”, *Informe*, diciembre de 1954.

⁷⁴ Archivo de la Confederación General Económica, “Posibilidad de la racionalización en nuestro medio”, *Informe*, pp. 64 y 138.

⁷⁵ En un discurso frente a la “Federación Argentina Metalúrgica”, Gelbard negó los rumores que decían que uno de los propósitos del congreso era establecer el co-gobierno entre trabajadores y gerentes y permitir la participación de los obreros en las ganancias, y enfatizó la necesidad de restablecer la disciplina y el respeto por la autoridad para lograr una mayor productividad. Véase *Metalurgia*, núm. 170, marzo de 1955, pp. 53-56. Respecto del Congreso de Productividad, véase Marcos Gimenez Zapiola y Carlos M. Leguizamón, “La concertación peronista de 1955: el congreso de la productividad”, en Juan Carlos Torre (comp.), *La formación del sindicalismo peronista*, Buenos Aires, Legasa, 1988. Para un interesante y nuevo estudio acerca del Congreso de la Productividad de 1955 y el papel que en él desempeñó la CGE, véase Rafael Bitrán, *El congreso de la productividad. La reconversión económica durante el segundo gobierno peronista*, Buenos Aires, El Bloque, 1994. El estudio de Bitrán es persuasivo, aunque dibuja un cuadro demasiado simple acerca de la CGE, como si se tratase de una organización empresarial más, interesada en extraer la mayor plusvalía que pudiese de los trabajadores. Como espero que demuestre este ensayo, la historia de la CGE fue más compleja que eso y no se debe dejar de tener en cuenta la influencia de la ideología y el genuino interés de sus miembros por encontrar un equilibrio entre el capital y el trabajo.

teorías acerca del abordaje científico del gerenciamiento y de las técnicas para la reforma industrial.⁷⁶ De este congreso surgieron el “Acuerdo Nacional de Productividad” y el “Instituto Nacional de Productividad”, que debía ocuparse de poner en acción al primero, logrando que representantes de las empresas y los trabajadores se sentaran a negociar de manera permanente. Las mismas actas del congreso, sin embargo, demuestran que existían grandes dificultades para conseguir cualquier clase de consenso entre los empresarios y los trabajadores en lo referente a racionalización y productividad. Sindicatos tales como los de Luz y Fuerza, los Textiles y los Obreros de la Construcción, por ejemplo, depositaban toda la responsabilidad y todos los problemas de eficiencia y productividad en los niveles gerenciales. El Sindicato de Obreros de la Construcción, por ejemplo, sugirió que el principal problema del gremio era el trabajo estacional y la subcontratación e instó para que fuesen abolidos.⁷⁷

EL “EMPRESARIADO NACIONAL” EN LA OPOSICIÓN Y EN EL PODER

Mirando con cierta suspicacia las actitudes de Perón y siendo tal vez consciente de la imposibilidad de lograr bajo este régimen un equilibrio entre el trabajo y el capital, la CGE reaccionó con relativa indiferencia frente a la caída de Perón en 1955. No convocó a ningún paro patronal y trató de mantener buenas relaciones con las nuevas autoridades. Durante el gobierno antiperonista del general Pedro Aramburu (1955-1958), sin embargo, aquellas instituciones más asociadas con el sesgo antiliberal del régimen derrocado fueron víctimas de fuerte represión. Al igual que la CGT, la CGE fue intervenida en octubre de 1955 y declarada ilegal en diciembre de ese mismo año. Recién la resucitarían en junio de 1958. Mientras tanto, las clases capitalistas del país experimentarían cambios dramáticos. La llegada de las corporaciones multinacionales, especialmente las fábricas de automóviles, las acerías y las empresas petroquímicas transformaron la estructura industrial del país, especialmente en aquellas provincias donde se instalaron muchas empresas multinacionales. Aparecieron nuevas asociaciones empresarias, que a menudo representaban a empresas que

⁷⁶ La psicología industrial desempeñó un papel aun más importante en el Segundo Congreso de la productividad. Entre las sugerencias que se plantearon estuvo el establecer un examen psicotécnico para los departamentos de personal de las empresas, para determinar quiénes eran, entre los trabajadores y los gerentes, los que estaban mejor dotados, cognitivamente y emocionalmente, para manejar los desafíos de trabajar en una empresa industrial moderna, incluyendo la flexibilidad necesaria para asegurar el máximo de productividad. Véase *Productividad y bienestar social. Órgano oficial del Congreso Nacional de Productividad y Bienestar Social* 1, núm. 16, 25 de abril de 1955, pp. 459-460.

⁷⁷ *Productividad y bienestar social. Órgano oficial del Congreso...*, pp. 478, 485.

inicialmente habían trabajado como proveedoras de las multinacionales. Estas organizaciones, como la “Asociación de Industriales Metalúrgicos de Córdoba” se convirtieron rápidamente en las que concentraban mayor poder dentro del ala industrial de la CGE. En realidad, a partir de 1955 la CGE pasó a depender en gran medida del apoyo de las provincias, y los industriales de las provincias ejercieron mayor influencia en la organización que en el pasado.⁷⁸

La caída de Perón transformó la política de las clases capitalistas del país. Entre 1952 y 1955, aunque las empresas del interior eran mayoría dentro de la CGE, la mayoría de las empresas líderes del país y los principales capitalistas se habían acercado a ella, dándose cuenta de que Perón sólo estaba preparado para tratar con las empresas como entidades corporativas y de que mantenerse en una posición demasiado intransigente podía representar un costo alto. En cambio, después de la caída de Perón, la mayoría de los empresarios porteños retornaron a la UIA resucitada, a la sociedad Rural y a la Bolsa de Comercio. La CGE podría haber desaparecido súbitamente. Sin embargo, se las ingenió para subsistir gracias a los esfuerzos de los empresarios del Nordeste y el Noroeste. En 1956, la Federación Económica de Tucumán organizó el “Cuarto Congreso Económico del Norte Argentino”, con la participación de las delegaciones de Tucumán, Catamarca, Chaco, Jujuy, Formosa, La Rioja y Santiago del Estero. Todas ellas se quejaban del restablecimiento del dominio de los intereses económicos de Buenos Aires. Un segundo congreso, que tuvo lugar en Tucumán en julio de 1957, elaboró de manera más detallada las posiciones nacionalistas de la CGE. La CGE sobrevivió a la caída de Perón y al fracaso de dar a las empresas un carácter corporativo, justamente porque representaba a grupos económicos y sociales que no se sentían representados por la UIA, dominada por Buenos Aires.

Como ya hemos dicho, uno de los desarrollos más notables en la historia de la CGE posterior a 1955, fue la creciente influencia de su ala industrial, la “Confederación de la Industria” (CI). Si bien durante los años de su formación, de 1952 a 1955, la CGE había sido organizada y dirigida principalmente por comerciantes de las provincias del noroeste, los industriales metalúrgicos serían quienes ejercerían el poder en esta organización una vez que recuperara su carácter legal, cosa que le concedió Frondizi en 1958. De todos modos, los sectores comerciales y agrarios continuaron ejerciendo su influencia, pese a sus conflictos con el ala industrial de la CGE.⁷⁹ Eran

⁷⁸ Recién mucho más tarde los empresarios metalúrgicos de Córdoba se unieron a la CGE. En 1970, las Entidades Empresarias de la Provincia de Córdoba, que era la organización empresaria más poderosa de Córdoba y estaba dominada por los industriales metalúrgicos, solicitó participar de la CGE. Los industriales de Córdoba desempeñarían un papel muy importante durante el mandato de Gelbard como ministro de Economía, de 1973 a 1974.

⁷⁹ Otra innovación del período que siguió a 1955 fue la influencia cada vez mayor de los pequeños comerciantes, en su mayoría minoristas, que en la Capital Federal se agruparon en la Confederación de Comercio. Este sector particular de la comunidad empresaria, aunque había formado parte de la CGE desde su fundación, no había tenido una participación relevante en la organización, pero la tendría en los años sesenta y en los setenta. Los comerciantes tenían una estrecha relación con la Unión de Empleados de Co-

los industriales de la CGE los que ejercían el mayor peso e influían en la mayor parte de las actividades. Por ejemplo, frente a la insistencia de los industriales metalúrgicos, durante los años sesenta la CGE apoyó las actividades de CIFARA (Cámara Industrial de Fabricantes de Automotores, Repuestos y Afines) para ocuparse de la crisis creciente en el sector de las autopartes y envió infaliblemente delegaciones de la CGE a todos los eventos organizados por CIFARA. Los industriales también influyeron sobre la oposición que la CGE presentó a las políticas económicas virtualmente de todos los gobiernos hasta la restauración peronista de 1973. Por ejemplo, pese al apoyo inicial que la CGE brindó al plan de industrializaciones de Frondizi, en el cual el Estado cumplía una función muy importante en el planeamiento y la regulación, la organización pronto entró en conflicto con las implicancias prácticas del modelo desarrollista para alcanzar estas metas. Basándose en su defensa del federalismo económico y de la industria nacional, la CGE puso en cuestión la inicial atracción que había sentido hacia Frondizi y los desarrollistas, que proponían una estrategia industrial basada en la inversión multinacional.⁸⁰ La CGE cuestionó principalmente los planes de estabilización de Frondizi, su acuerdo de austeridad con el FMI y su incapacidad para apoyar las pequeñas empresas, a las que más tarde les propuso unirse a los sindicatos para oponerse al programa desarrollista.⁸¹

En los años que siguieron al derrocamiento de Perón, la CGE desarrolló su ideología particular, libre de las presiones del Estado y más abierta a las de la sociedad argentina en general. Hasta su lenguaje cambió: ya no hablaba de fuerzas vivas sino más bien del “empresariado nacional”. La CGE abogaba por empresarios nacionales que fueran los verdaderos agentes de la independencia económica y de la reforma social, en un país en el cual la legitimidad del capitalismo era algo inasible.⁸² Desde su retorno a la legalidad en 1958 hasta su disolución por parte del gobierno militar en 1976, la CGE fue una gran propulsora de actividades y la más

mercio, que no sólo tenía en sus filas a peronistas, sino también a radicales, socialistas y comunistas y que no se identificaba con los sentimientos federalistas de la CGE, sino más bien con los conceptos populistas y antimonopólicos que cada vez eran más importantes en la ideología de esta organización.

⁸⁰ Gelbard había tratado de crear una estrecha relación con Frondizi, semejante a la que había tenido con Perón, pero las políticas económicas desarrollistas eran demasiado incompatibles con las de los miembros de la CGE. Véase Celia Szusterman, *Frondizi and the politics of Developmentalism in Argentina, 1955-1962*, Pittsburgh, The University of Pittsburgh Press, 1993, pp. 177-178. Al negarse la CGE a apoyar el programa desarrollista, este movimiento se convirtió en su más acérrimo adversario. La CGE fue atacada por el frigerismo hasta más que la ACIEL durante los años sesenta y setenta. La destrucción de la CGE llegó a ser uno de los principales objetivos del frigerismo.

⁸¹ Archivo de la Confederación General Económica, “Actas de Asambleas”, 1954-1961, núm. 1 “Acta de Reunión Extraordinaria del Consejo Superior de la CGE”, 2 de mayo de 1958, pp. 146-151, “Acta de la Asamblea Anual de la CGE”, 25 de abril de 1960, pp. 169-170.

⁸² Acerca de la ideología de la CGE, véase dos entrevistas muy interesantes con Gelbard, “La batalla empresaria”, *Confirmado II*, núm. 58, junio de 1966, pp. 64-68 y “La rebelión de los empresarios”, *Primera Plana X*, núm. 470, febrero de 1972, pp. 15-19.

dinámica organización económica del país. Promovió una gran variedad de emprendimientos: cursos para sus miembros, conferencias a cargo de economistas nacionales y extranjeros y de otros técnicos y expertos, y la organización de diversos seminarios. La CGE fue aún más activa en las provincias, auspiciando conferencias sobre todos los temas, desde la electrificación rural hasta la crisis de la producción del algodón o los efectos de la política económica nacional sobre la industria de las autopartes.

De esta manera, en Argentina, a diferencia de lo que ocurría en Brasil, la principal promotora de la industrialización y de la intervención efectiva del Estado no fue la organización que representaba a los grandes capitales (en Brasil era la FIESP, con sede en San Pablo) sino la CGE, que representaba a los pequeños empresarios del interior. Esto se debía, por una parte, al conservadurismo y la fuerza de los intereses exportadores y financieros representados en la Unión Industrial Argentina, la Bolsa de Comercio y la Sociedad Rural, y por otra, a la histórica dominación que Buenos Aires había ejercido sobre la economía nacional, que había provocado la aparición del federalismo y la reforma industrial. Para citar un solo ejemplo, la CGE sostuvo su propio instituto de investigación para estudiar los problemas de desarrollo económico nacional, el Instituto de Investigaciones Económicas y Financieras de la CGE. Este instituto tuvo entre sus miembros a algunos de los mejores economistas y científicos sociales del país, sin que existiera ninguna contraparte entre los grupos que representaban a los grandes capitales y se agrupaban en la Unión Industrial, la Bolsa de Comercio y la Sociedad Rural. Las actividades de la FIESP, en cambio, tenían algunas líneas comparables a las de la CGE.⁸³ El propósito del Instituto de Investigaciones Económicas y Financieras de la CGE era estudiar todas las facetas de la economía nacional. Esto no sólo significaba acopiar información para usarla según las necesidades de sus miembros, sino también permitir a la CGE realizar una contri-

⁸³ Respecto de la FIESP, véase Barbara Weinstein, "The Industrialists, the State, and the Issues on Worker Training and Social Services in Brazil, 1930-1950", *Hispanic American Historical Review* 70, núm. 3, agosto de 1990, pp. 379-403. El contraste con el caso brasileño es muy interesante. En Argentina, los industriales de Buenos Aires nunca lograron establecer su hegemonía entre los grupos capitalistas del país como lo hicieron los industriales de San Pablo en Brasil. Distintos factores explican estas diferencias. Uno de ellos fue la mayor flexibilidad de la economía tradicional exportadora de la Argentina durante los años treinta y mientras transcurría la guerra. Esto hizo que perdurara la elite terrateniente y que gran parte de la industria dependiese del sector exportador. También tuvo que ver con el mayor afianzamiento del populismo en la Argentina, respecto de Brasil. Perón, a diferencia de Vargas, nunca logró establecer una relación de trabajo con los grandes industriales del país, aunque, por supuesto intentó una clase de vínculo de ese tipo. Los Planes Quinquenales, la Universidad Obrera Nacional, los Congresos de la Productividad, las varias confederaciones empresarias tales como la AAPIC y el CEA fueron intentos por establecer una relación de esa clase. Sin embargo, Perón llevaba las de perder debido a la naturaleza misma de su movimiento, su contenido más subversivo y la mayor movilización e importancia que dio, no sólo a los obreros, sino también a los pequeños empresarios que desafiaban a los intereses dominantes de Buenos Aires. La sociedad con el Estado y el capitalismo próspero que auspiciaba la FIESP no fue adoptado por la UIA o por los grandes industriales del país, sino más bien por la CGE.

bución elaborada, tanto desde lo intelectual como desde lo empírico, para el debate de una política económica nacional.⁸⁴

Hubo una cantidad de razones que explican la entusiasta participación de los pequeños empresarios en los emprendimientos de la CGE y algunos de estos motivos revelan el verdadero significado del peronismo y sus efectos transformadores en la política cultural del país. Probablemente el aspecto más “revolucionario” del peronismo fue su capacidad de abrir un espacio político nuevo, que generó cambios en las percepciones y las oportunidades de participación por parte de grupos que antes habían estado excluidos o marginados. En el caso de los pequeños empresarios de la CGE, la organización dio la oportunidad de participar en política a personas que nunca habían tenido el tiempo o la voluntad de comprometerse demasiado en un trabajo partidario. Además, en un país en el cual las conexiones políticas eran fundamentales para el éxito en los negocios, característica que se había acrecentado en la época de Perón, la participación en la CGE dio a sus miembros acceso a los ministerios y les permitió hacer negociaciones respecto de cuestiones impositivas, de promoción industrial, contratos con el Estado y otras clases de tratamiento preferencial que podían ir en favor de sus intereses. Los registros de la CGE muestran que se producían visitas diarias de gobernadores de provincias, diputados, senadores y representantes de otras instituciones políticamente poderosas, como el ejército. Tener acceso a los que detentaban influencias y poder era uno de los atractivos para ser miembro. Ciertamente, también había historias secretas de sobornos, contratos arreglados y maniobras. Sin embargo, los intereses aislados no explican adecuadamente la historia de la CGE. Durante la participación de los pequeños empresarios en esta organización, se fue desarrollando un sentimiento de “misión”, que el mismo Gelbard ayudó a inculcar. La ideología de la CGE se fue haciendo carne en la vida de muchos de sus miembros. Este sentimiento de “misión” podría resumirse como una creencia en el papel liberador que habían de desempeñar en el país los pequeños empresarios, o “bolicheros” y en la causa del federalismo y el nacionalismo económicos, que permitiría a los pequeños capitalistas del país obtener la liberación nacional, a través de una cruzada en pro del capitalismo popular.

La CGE continuó con su abierto apoyo a los sindicatos. Esto no implicaba una alianza directa con el peronismo, dado que, al menos a partir del surgimiento de corrientes radicalizadas y anticapitalistas dentro del movimiento obrero a fines de los años sesenta, la CGE comenzó a expresar su convicción de que los empresarios no sólo debían colaborar con los gremios peronistas sino con todas las tendencias del movimiento obrero. Sin embargo, a medida que fue pasando el tiempo, las posiciones nacionalistas de la mayor parte de los sindicatos peronistas resultaron más aceptables que las posiciones de izquierda de los gremios anticapitalistas. En 1962, la CGT y la CGE elaboraron un acuerdo y una plataforma conjunta, apoyando un ascenso en el nivel de vida de la clase trabajadora, la expansión del mercado interno y el fortaleci-

⁸⁴ Confederación General Económica, “Acerca de los objetivos y el funcionamiento del Instituto de Investigaciones Económicas y Financieras”, 1967.

miento de las “empresas nacionales”. Al igual que la CGT, la CGE apoyaba la intervención del Estado para fortalecer la “empresa privada y nacional”, tan elogiada en el discurso peronista, y se concedía tanto a las empresas como a los sectores trabajadores el papel de asesores directos.⁸⁵ En el seno de la CGE, la Confederación de la Industria negó tener tendencias corporativistas y sostuvo que el Consejo Económico Social debía simplemente formular sugerencias políticas y que no tenía en absoluto aspiraciones de reemplazar a los partidos políticos o a otras instituciones representativas. Sin embargo, el mensaje que lanzó respecto de los sectores trabajadores y del papel asesor de los empresarios fue un poco contradictorio. Aunque en principio sostenía que los sectores trabajadores debían cumplir un papel, se oponía firmemente a la participación de los sectores obreros en el gerenciamiento de las prerrogativas en los lugares de trabajo, exponía incesantemente el problema de la productividad y se oponía a la política de generosas indemnizaciones para los trabajadores despedidos y a otras políticas laborales peronistas, tanto como lo hacía la UIA. Criticaba también invariablemente las movilizaciones de trabajadores organizadas por la CGT, tales como la “Semana de Protesta” de 1963 y el “Plan de Lucha” de 1964.⁸⁶ De igual manera, aunque sostenía que apoyaba a la democracia representativa, hablaba más a menudo de la necesidad de superar la diversidad de facciones en la política argentina y de establecer un planeamiento efectivo del Estado. El mensaje estaba teñido de ideas cuasi-corporativas.⁸⁷

La toma del poder por parte de los militares y el establecimiento de la dictadura del general Juan Carlos Onganía en 1966, dio origen a una nueva etapa en la historia de la CGE. La CGE se opuso a la “Revolución Argentina” alegando razones de nacionalismo y federalismo. Criticó duramente la desnacionalización de la banca y de las industrias y pidió al gobierno protección para las “industrias nacionales” y una regulación más cuidadosa del sector financiero, que debería disponer de la suficiente cantidad de crédito para las empresas pequeñas.⁸⁸ La CGE también se convirtió en un

⁸⁵ Freels, *El sector industrial...* pp. 40-43, Schvarzer, *Empresarios del pasado...*, p. 136.

⁸⁶ Archivo de la Confederación General Económica, “Libro de Actas. Actas de Comisión Directiva”, núm. 3, 1963-1964, Acta núm. 69, 23 de mayo de 1963. p. 53, Acta núm. 70, 6 de junio de 1963, p. 59, Acta núm. 88, 14 de mayo de 1964, pp. 151-152, Acta núm. 90, 4 de junio de 1964, p. 155.

⁸⁷ Freels, *El sector industrial...*, pp. 54-55, 88-89.

⁸⁸ Archivo de la Confederación General Económica, Actas de Comisión Directiva, núm. 5, 1967, Acta núm. 139-67, 5 de octubre de 1967, p. 45, 52. Una de las preocupaciones principales de los pequeños empresarios era el crédito. En la economía argentina, proclive a la inflación y a los altos intereses, los préstamos bancarios eran un privilegio para pocos. En respuesta a la escasez de capital, los pequeños empresarios crearon un movimiento cooperativista y promovieron las llamadas “Cajas de Crédito”, que permitían el ahorro y los préstamos fuera del sistema bancario y que tenían como contribuyentes a muchos, desde los pequeños empresarios provincianos hasta el Partido Comunista. Las “Cajas de Crédito” fueron importantes fuentes de préstamos para los pequeños empresarios desde fines de los años cincuenta hasta comienzos de los 70. En 1967, el gobierno de Onganía trató de establecer un mayor control sobre ellas, dando jurisdicción sobre esta actividad al Banco Central. La firme oposición de la CGE evitó que esto ocurriera.

foro de la oposición de las provincias a Onganía y protestó contra muchas medidas, desde la intervención a la Federación Económica de Tucumán hasta el cierre de la Federación de empresarios tabacaleros de Salta y la desnacionalización de la industria vitivinícola en Mendoza.⁸⁹ En 1968, la CGE se reunió en Córdoba y dio a conocer la Declaración de Córdoba, primera crítica abierta de los sectores empresarios al programa económico del gobierno. Más tarde, la CGE manifestó que el crecimiento económico experimentado por el país durante los tres primeros años del gobierno de Onganía sólo había beneficiado a Buenos Aires y a las provincias del Litoral, mientras que el resto del país se había debilitado.⁹⁰ Las raíces provinciales de la organización se hicieron evidentes, ya que fue la única organización nacional que ofreció una evaluación equilibrada del Cordobazo, la gran manifestación urbana que tuvo lugar en 1969. La CGE enfatizó su carácter de protesta social y regional, en lugar de interpretarlo como una acción de subversivos de extrema izquierda, como lo hicieron el gobierno y los grandes empresarios.⁹¹

Durante el transcurso de la dictadura de Onganía, la ideología de la CGE, tal como la de muchos otros actores sociales de la Argentina, se fue radicalizando. Especialmente durante los últimos años del régimen, en medio de una gran efervescencia popular y una profunda radicalización de la cultura política del país, los miembros de la CGE comenzaron a hablar, tanto públicamente como en sus debates internos, de un programa económico "nacional y popular". La CGE también trató de identificarse completamente con el movimiento para la restauración del gobierno democrático, superando las sospechas que despertaba su pasado corporativo. La CGE buscó mostrarse públicamente como una entidad no partidaria y, a comienzos de 1973, como

⁸⁹ Archivo de la Confederación General Económica, Actas de Comisión Directiva, núm. 6, 1968-1971, Acta núm. 172-70, 19 de febrero de 1970, pp. 189, 267-268. Para dar otro ejemplo de esta oposición provinciana, los pequeños empresarios del Chaco, agrupados en la "Federación Económica de la Provincia del Chaco", una de las federaciones más activas de la CGE, se opuso a la creciente tendencia a la centralización económica durante el gobierno de Onganía, y pidió que se instrumentaran medidas para instalar la industria textil en zonas más cercanas a las de producción de algodón (es decir, el Nordeste) y también reclamó un proyecto para realizar obras importantes de infraestructura en las provincias, y un gobierno de alianza con "la clase trabajadora y los pequeños empresarios" para llevar adelante una reforma y alcanzar la independencia económica. Archivo de la "Federación Económica de la Provincia del Chaco", CGE, Archivo núm. 6, 1970-1972, Circular del 2 de julio de 1971.

⁹⁰ Archivo de la Confederación General Económica, Actas de Comisión Directiva, núm. 6, 1968-1971, Acta núm. 159-69, 13 de marzo de 1969, pp. 154-159.

⁹¹ "Es evidente que la propuesta no se limitaba a los estudiantes, y que otros sectores de la sociedad cordobesa también participaron [...] la Centralización es un problema con una larga historia en el país, pero que se ha acentuado en los últimos tres años, con el nuevo régimen que se ha establecido. Las fuerzas provinciales manifestaron su descontento por la escasa efectividad de los gobiernos provinciales, ya fuese por las limitaciones propias de esos gobiernos, o bien por las impuestas por el régimen, que no persigue sus objetivos económicos y sociales con la efectividad y el vigor necesarios", Declaración de la CGE del 5 de junio de 1969, Archivo de la Confederación General Económica, Actas de Comisión Directiva, núm. 6, 1968-1971, pp. 182-184.

respuesta a la aparición de miembros de la CGE en varias boletas partidarias, la organización aprobó un estatuto en el cual se requería que cualquier miembro de la organización que se postulase para un puesto público solicitase una licencia y que cualquiera que fuese electo para una función pública renunciase a cualquier función que cumpliera en la CGE.⁹² Sin embargo, la neutralidad fue imposible, y el inexorable influjo del peronismo, fuese por la trayectoria ideológica previa de la entidad o por el atractivo del movimiento, atrajo a la CGE hacia el Partido Justicialista. En mayo de 1972, la CGE aceptó una invitación del Partido Peronista para asistir a una conferencia destinada a discutir la reforma constitucional y las elecciones que se avecinaban.⁹³ Los contactos entre la CGT y la CGE se hicieron más frecuentes y, antes de que asumiera el gobierno peronista de 1973, negociaron el Pacto Social. La CGT y la CGE formaron un comité conjunto para estudiar los problemas económicos del país y ofrecer soluciones en común y, en septiembre de 1972, publicaron un documento que las delegaciones de ambas organizaciones entregaron a varios gobiernos provinciales.⁹⁴

Aunque generalmente se la considera una organización peronista, durante los años sesenta la CGE había hecho todo lo posible para mantener buenas relaciones con todos los partidos políticos que adhirieran a posiciones nacionalistas o cuasi-nacionalistas y con todos los grupos nacionalistas dentro de las Fuerzas Armadas. También estaban invitados a las reuniones de la CGE la Democracia Cristiana, la Unión Cívica Radical Intransigente, la Unión Cívica Radical del Pueblo y los partidos neoperonistas. Sin embargo, la fría lectura que la CGE hacía de las realidades políticas colocó a la organización más cerca del peronismo que del resto de los partidos. Gelbard en particular poseía un muy agudo sentido político y, viajando seguido a Madrid, retomó su relación con Perón con la esperanza de dar a la CGE la oportunidad de poner en práctica su largamente acariciado plan económico. Además, él también esperaba solucionar algunas preocupaciones de sus propios negocios. El Gelbard de los años setenta era un hombre muy diferente del que había sido el viajante de comercio de Catamarca de los años cuarenta. Sus preocupaciones personales no eran pocas, ya que había logrado construir un emporio que además formaba parte de un poderoso grupo industrial. Sus contactos con el Estado habían dado beneficios en el pasado y eran esenciales para el futuro. De allí el intenso cortejo de Perón en esos años. Sin embargo, tal como en los años cincuenta, Gelbard y la CGE hicieron un esfuerzo conjunto para, una vez lograda una posición de poder, evitar un acercamiento demasiado estrecho con Perón y el peronismo.

⁹² Archivo de la Confederación General Económica, Libro de Actas núm. 7, 1971-1973, Acta núm. 207-72, 8 de enero de 1973, pp. 228-229.

⁹³ Archivo de la Confederación General Económica, Actas de Comisión Directiva, núm. 7, 1971-1973, Acta núm. 200-72, 12 de junio de 1972, pp. 100-101.

⁹⁴ Archivo de la Confederación General Económica, Actas de Comisión Directiva núm. 6, 1968-1971, Acta núm. 1978-70, 10 de setiembre de 1970, p. 337. Actas de Comisión Directiva núm. 7, 1971-1973, Acta núm. 203/72, 11 de setiembre de 1972, pp. 155-156.

Poco después de aceptar el cargo de ministro de Economía del nuevo gobierno peronista, Gelbard privadamente, acentuó el hecho de que tanto él como otros miembros de la CGE que habían aceptado puestos públicos, tenían la "obligación moral" de permanecer fieles al programa de la CGE, más allá de cualquier otra lealtad. La CGE accedía al poder como "nucleamiento empresarial" y no como parte de un partido político, y eso implicaba el riesgo de poder tentar a sus miembros. Para evitarlo, era necesario tomar ciertas medidas. La CGE adquirió características de sociedad política o religiosa luego de la restauración peronista, y sus miembros juraron permanecer fieles a sus principios y, a partir de una moción presentada por el mismo Gelbard, se dispuso que cualquier miembro de la CGE que aceptase un cargo de gobierno era responsable ante la CGE, dependía de ella y debía renunciar si así se lo pedía la organización.⁹⁵

Esto no era simplemente una cuestión de lealtad, sino una creencia, por parte de Gelbard y otros, de que el país necesitaba desesperadamente un cambio estructural. El programa de la CGE representaba la opción pacífica para llevar adelante la transformación profunda de las estructuras económicas, sociales y políticas de país. También era urgente adoptar los planes de la CGE, porque sus miembros temían que si no se realizaba una reforma importante, se produciría una revolución izquierdista. La derecha, después de siete años de gobierno militar, estaba completamente desacreditada, mientras que la imagen revolucionaria y anticapitalista de la izquierda estaba en ascenso.⁹⁶ La burguesía nacional debía encarar una revolución, o de lo contrario habría que afrontar la instauración de un estado socialista.⁹⁷

El regreso del peronismo al poder en 1973 dio a la CGE la oportunidad de poner en práctica todas las ideas y programas que había estado promoviendo desde hacía más de veinte años. Durante el primer año y medio del gobierno peronista, que se extendió de 1973 a 1976, el programa económico implementado fue esencialmente el de la CGE y Gelbard, como ministro de Economía, fue su ejecutor.⁹⁸ Perón se ha-

⁹⁵ Archivo de la Confederación General Económica, Libro de Actas de la Comisión Directiva, núm. 7, 1971-1974, Acta núm. 212, 24 de mayo de 1974, pp. 280-284.

⁹⁶ Archivo de la Confederación General Económica. Libro de Actas de la Comisión Directiva, núm. 7, 1971-1974. Acta núm. 212, 24 de mayo de 1974, pp. 280-284. En este discurso en el que Gelbard se dirige a la CGE y cuenta que le han ofrecido el Ministerio de Economía, dice "a la derecha de nosotros no hay nada, a lo sumo un símbolo gastado al que nadie desea regresar. La única otra posibilidad es lo que tenemos a la izquierda y el fracaso que sobrevendrá si no permanecemos apegados a los principios que hemos sostenido y al movimiento que la CGE y sus líderes han construido a través de la historia. Eso podría provocar una situación con consecuencias imprevisibles."

⁹⁷ Aquí nuevamente las palabras de Gelbard son ilustrativas respecto del estado de ánimo de la CGE en la víspera de asumir el poder: "queremos hacer una revolución pacífica, queremos un cambio pacífico. Digo revolución porque pienso que [...] debemos ser revolucionarios de una manera pacífica, de la manera como el empresariado nacional siempre lo ha sido". Archivo de la Confederación General Económica, Libro de Asambleas, 1973, Asamblea General, 23 de abril de 1973, pp. 46-47.

⁹⁸ El programa económico presentado por la CGE en las vísperas del regreso del peronismo al poder fue adoptado casi exactamente por el nuevo gobierno. Véase Confederación General Económica, "Sugerencias del Empresariado nacional para un programa de gobierno", marzo de 1973.

bía convencido, en parte gracias al poder de persuasión de Gelbard, de que el plan de la CGE sentaría las bases de la reconstrucción y la reconciliación nacional, con la empresa y el trabajo unidos en una misma causa. Por esta razón Perón instó a Cámpora a designar a Gelbard como ministro de Economía y lo retuvo en esa cartera cuando sucedió a Cámpora en la Presidencia, en setiembre de 1973. Además de Gelbard, hubo muchos miembros de la CGE que participaron en el Ministerio de Economía y en otras funciones públicas. Varios miembros de la CGE participaron en la "Comisión de Precios, Ingresos y Nivel de Vida", en la Junta Nacional de Granos, en la Junta Nacional de Carnes, y el Ministerio de Bienestar Social encomendó a la CGE la tarea de formar un comité para estudiar planes para un seguro de desempleo a nivel nacional, ya que era el único grupo capitalista del país que había estado reclamando algo así.⁹⁹ Fuera del gobierno, la CGE funcionaba como un consejero de Gelbard y un agente de propaganda del "Plan Gelbard". A fines de 1973, por ejemplo, comenzó a auspiciar un programa de televisión semanal titulado: "El País: Un Gran Compromiso Nacional", del que participaban miembros del comité ejecutivo de la CGE y un "panel popular" compuesto por empresarios, trabajadores, estudiantes, periodistas y otros, que conversaban y debatían acerca de varias facetas del programa económico del gobierno.¹⁰⁰

Con el Ministerio de Economía en las manos y con una presencia muy visible dentro y fuera del gobierno, la CGE fue reforzando su imagen de organización peronista. Ciertamente existía un considerable grado de compatibilidad ideológica entre el nacionalismo popular peronista y la filosofía de la CGE. Sin embargo, el programa de Gelbard y la CGE también representaba algo que se había estado desarrollando en el país durante dos décadas sin la tutela peronista: una movilización de los pequeños empresarios que se agrupaban tras las consignas de nacionalismo económico y federalismo. El programa buscaba la regulación efectiva del capital extranjero por parte del Estado, a partir de la restricción del crédito local para las multinacionales y de la limitación de los retornos de sus ganancias al 14% de las ganancias brutas. Gelbard proclamó que el nuevo gobierno garantizaría los derechos de los inversores extranjeros de manera individual (en algunos casos según la industria y en otros según la empresa) y que prohibiría aquellas actividades que fuesen fundamentales para la seguridad nacional, como los bancos, el petróleo y los servicios públicos.¹⁰¹ Otros as-

⁹⁹ Archivo de la Confederación General Económica, Actas de Comisión Directiva, núm. 7, 1971-1974, Acta 219-73, 10 de diciembre de 1973, pp. 416-417, 419.

¹⁰⁰ Archivo de la Confederación General Económica núm. 7, 1971-74, Acta 218-1973, 12 de noviembre de 1973, pp. 384-385. El programa se ocupaba de temas tales como el comercio exterior, los salarios, los precios, la política agropecuaria y el desarrollo industrial.

¹⁰¹ "Política Económica y Social. Ruptura de la Dependencia." Discurso de José B. Gelbard a la Conferencia de Gobernadores, Buenos Aires, 31 de julio de 1973. Para modernizar y usar más efectivamente las industrias del sector público, Gelbard propuso agruparlas en una sola organización, la "Corporación de Empresas Nacionales", un ente que participaría como socio en el planeamiento económico del gobierno.

pectos del programa incluían el proteccionismo para con la industria “nacional”, los créditos y préstamos a bajo interés para las empresas pequeñas, la reforma tributaria, un plan para promover el desarrollo regional, una ley de reforma agraria y el control del comercio exterior por parte del Estado. Todas estas eran propuestas de la CGE desde hacía tiempo.¹⁰²

Gelbard no quería, como sostuvieron muchos de sus detractores, el simple regreso a una economía distributiva, y el agrandamiento del mercado por el aumento de la demanda interna. El “Plan Gelbard” era un intento serio y multifacético de atacar la estructura monopólica y las prácticas habituales del capitalismo argentino y de romper con la dependencia respecto del capital multinacional, sin por eso recurrir a políticas inflacionarias. Este plan representaba, por lo tanto, una ruptura respecto de los planes económicos que se habían implementado durante casi todos los gobiernos, desde 1955 hasta 1973. Gelbard elaboró un ambicioso plan de tres años (“Plan Trienal”) para coordinar su programa para el desarrollo regional y el de la CGE. Para financiar el plan, Gelbard promovió agresivamente el comercio internacional, estableciendo relaciones comerciales con Cuba, Rumania, Checoslovaquia y otros países socialistas.¹⁰³ Gelbard y la CGE consideraban que su capitalismo popular era la verdadera opción revolucionaria, no sólo para Argentina sino para toda América Latina y envió delegaciones a México, a Venezuela y a otros países latinoamericanos, para que establecieran contactos con organizaciones de pequeños empresarios para darles este mensaje.¹⁰⁴

¹⁰² Confederación General Económica, “Sugerencias del empresariado nacional para un programa de gobierno” pp. 24-27. Véase también Archivo de la Confederación General Económica, Actas de Comisión Directiva, Acta núm. 193-71, 16 de octubre de 1971, pp. 494-496. Allí la CGE, en un momento en el cual el retorno de un gobierno peronista parecía remoto, expuso su programa económico, que era virtualmente el mismo que Gelbard pondría en práctica como ministro de Economía en 1973.

¹⁰³ Sobre el “Plan Gelbard” véase De Riz, *Retorno y derrumbe*, pp. 83-92 y Adolfo Canitrot, “La experiencia populista de redistribución de ingresos”, *Desarrollo Económico* 15, núm. 59, 1975. Para un análisis altamente crítico y estrictamente técnico del plan, que demuestra poca comprensión de sus trasfondos sociales y culturales, véase Federico Sturzenegger, “A Description of a Populist Experience; Argentina, 1973-76”, en *The Macroeconomics of Populism in Latin America*, Rudiger Dornbusch y Sebastian Edwards (cols.), Chicago, The University of Chicago Press, 1991, pp. 77-120.

¹⁰⁴ Archivo de la Confederación General Económica, Actas de Comisión Directiva, núm. 7, 1971-1974, Acta núm. 223-74, 9 de abril de 1974, pp. 464 y 466-467. El “Plan Trienal” estaba, por supuesto, en la tradición peronista de los grandiosos intentos de planificación económica a nivel nacional, que en realidad eran más instrumentos de propaganda del gobierno que herramientas efectivas para promover el desarrollo económico. Los dos Planes Quinquenales de los gobiernos anteriores de Perón, habían sido frutos de bastantes improvisaciones y dieron, a lo sumo, resultados muy modestos. El primero de ellos, en particular, era fundamentalmente un conjunto de facturas presentadas por Perón al Congreso y luego convertidas en ley. El “Plan Trienal” de Gelbard era mucho más serio e integrado, ya que era el resultado final de las posturas de la CGE, que habían sido estudiadas y debatidas en la organización durante dos décadas. Virtualmente, no quedaba fuera ningún aspecto de la economía nacional: la industria, la ciencia, la tecnología, la política tributaria, todos los temas estaban incluidos y las reformas propuestas eran importantes. Para tomar sólo un ejemplo, veamos la agricultura: bajo la su-

El punto clave del programa era un control de salarios y de precios al que se llamó Pacto Social.¹⁰⁵ Las empresas y los gremios debían armonizar sus intereses a través de sus representaciones en un concejo que debía asesorar al gobierno sobre política económica y eliminar la inflación a través del diálogo y los acuerdos. El primer paso era un acuerdo para congelar salarios y precios. Durante los primeros meses de la gestión de Gelbard, la CGT y la CGE estuvieron en constante comunicación y el Pacto Social fue un éxito importante. Sin embargo, tanto Gelbard como la CGE sobrestimaron mucho la unidad de las filas tanto de la clase trabajadora como las de los empresarios. Las corrientes anticapitalistas, antiburocráticas y clasistas dentro de los sectores trabajadores y la explosión general de la militancia en los lugares de trabajo se constituyeron en serias amenazas para el Pacto Social. Además, tampoco los empresarios estaban verdaderamente unidos en torno de este programa. En los primeros meses que sucedieron a la designación de Gelbard, hubo corridas en las organizaciones empresarias, que optaron por unirse a la CGE.

pervisión de la Secretaría de Agricultura, y de quien supuestamente era la mayor autoridad del país en problemas agrícolas, Horacio Gilberti, se propusieron una serie de leyes para aumentar la producción agrícola en el país. Entre las reformas específicas, se proponía la suspensión de todos los procedimientos de desalojo a los arrendatarios y aparceros y la facilitación de créditos a los arrendatarios para que pudiesen comprar tierras; el establecimiento de cooperativas para la producción y la comercialización agrícola; la prohibición de inversiones extranjeras en agricultura, a menos que estuviesen acompañadas por mejoramiento tecnológico; la nacionalización de la comercialización de carnes; la supervisión estatal de la comercialización de granos y aceites y, la medida más importante, un impuesto que gravaba la tierra improductiva o subutilizada. Véase Ricardo Sidicaro, "Poder y crisis...", en Alain Rouquier, *Argentina, hoy*, pp. 82-83.

¹⁰⁵ *Opinión Económica* IV, núm. 39, junio de 1973, pp. 2-3. Después de estudiar con mayor profundidad la historia de la CGE y habiendo trabajado en sus archivos durante varios años, he repensado la interpretación del "Pacto Social" que yo mismo había presentado en mi libro *The Labor Wars in Córdoba, 1955-1976. Ideology, work and Labor Politics in an Argentine Industrial City*, Cambridge University Press, 1994. Mi interpretación del "Pacto Social" como un simple programa conservador, pensado por el capital y el gobierno peronista, subestimó la importancia del "Pacto Social" como parte de un plan general de reforma capitalista y dejó de lado gran parte del significado que tenía la CGE y el empresariado para el peronismo. La interpretación que yo hacía del peronismo y del populismo era, tal vez, demasiado esquemática. Sigo pensando que el Pacto Social fue en parte un plan de un sector de la burguesía argentina para controlar a la militancia sindical y restablecer la paz social necesaria para lograr una actividad económica sana. Sin embargo, ahora pienso que había más que eso. Se trataba de un sincero intento de llevar adelante una política económica populista, acorde con la filosofía de la CGE. Gelbard y su equipo económico estaban genuinamente preocupados por elevar el nivel de vida de los trabajadores, como parte de un proyecto para desarrollar un capitalismo nacional justo, que evitaría una revolución socialista en el país. Los intereses económicos representados en la CGE estaban interesados en establecer la paz laboral y restaurar el mercado interno. Su preocupación no era tan solo hacer buenos negocios. Cuando hablaban de su oposición a un liberalismo antinacional y anticomunitario y de su deseo de establecer un modelo humanista de desarrollo económico, no se trataba de un mero discurso hueco. Para una rica exposición de la ideología de la CGE y del Plan Gelbard en general, véase el testimonio de Gelbard y su equipo ante la Cámara de Diputados del Congreso Argentino, *Diario de Sesiones*, vol. v, 30 de mayo de 1974, pp. 363-409.

El país fue testigo de un espectáculo poco creíble. Las organizaciones empresarias, especialmente las de Buenos Aires, que nunca habían participado de las actividades de la CGE y que en algunos casos hasta habían sido abiertamente hostiles respecto de esa organización, de pronto solicitaban se las aceptase dentro de ella.¹⁰⁶ Esto, sin embargo, no representaba apoyo al gobierno o compromiso con el plan de Gelbard, sino que más bien era un intento de no quedar fuera de las redes de poder y de influencias. Más aún, los grupos económicos líderes del país, especialmente la oligarquía terrateniente organizada en la Sociedad Rural, se opusieron absolutamente a Gelbard y lucharon por la mínima intervención del Estado en la economía.

Por otra parte, también existían motivos para el optimismo. Una de las razones para creer que el plan podía tener éxito era que el adversario histórico de la CGE, la UIA, había pasado a ser un aliado. La rivalidad histórica entre la UIA y la CGE había comenzado a ceder en los años sesenta, cuando los industriales nacionales comenzaron a aceptar la necesidad de un cierto grado de intervención por parte del Estado para proteger la industria. La UIA, intervenida por Perón en 1946 y disuelta en 1953, había sido restablecida en 1956. Los *desarrollistas* deseaban el surgimiento de un sector capitalista moderno, que concentrara poder económico. Con este propósito, Frondizi había alentado la fusión de los grupos tradicionalmente dominantes, representados en la Sociedad Rural, la UIA y la Bolsa de Comercio. Estos sectores se unieron para formar la "Acción para la Coordinación de Instituciones Empresarias Libres" (ACIEL) que adoptó un programa radicalizado de comercio libre.¹⁰⁷ Casi una década más tarde, las industrias más grandes, casi todas multinacionales, se apartaron de la UIA y formaron el Consejo Empresario Argentino (CEA) en 1967, aliado de la ACIEL. De este modo cambió la constitución de la UIA, que se tornó más sensible a las presiones de los miembros empresarios pequeños y medianos.¹⁰⁸ Como la UIA se fue convirtiendo en una entidad de empresarios pequeños y medianos, en general asentados en Buenos Aires, sus puntos de acuerdo con la CGE fueron aumentando.¹⁰⁹ La ACIEL temía a una alianza de este tipo y en varias ocasiones trató de menoscabar su poder, trabajando a través de la Federación Económica de Buenos Aires (FEB), una entidad de empresarios pequeños de la capital que estaba representada en la CGE, para intentar controlar a la CGE. Sin embargo, estos intentos siempre fueron desbarata-

¹⁰⁶ Archivo de la Confederación General Económica, Libro de Actas de la Comisión Directiva, núm. 7, 1971-1974, Acta núm. 214/ 73, 12 de junio de 1973, pp. 295-297, Acta núm. 214 / 73, 10 de julio de 1973, pp. 312-313.

¹⁰⁷ Freels, *El sector industrial...*, pp. 36-45, Lewis, *The Crisis of...*, pp. 340-344.

¹⁰⁸ Schvarzer, *Empresarios del pasado...*, p. 134.

¹⁰⁹ Por ejemplo, cuando la UIA se unió a la CGE a comienzos de los años setenta para pedir mayor control estatal de las inversiones extranjeras, renunció a su antiguo liberalismo económico. Entre sus recomendaciones estaba la de dar preferencia a las inversiones de capital en las empresas existentes de propiedad nacional o fomentar otras nuevas que reinvirtieran sus ganancias en el país. Véase *Revista de la Unión Industrial Argentina*, núm. 47, octubre-diciembre de 1970, p. 44.

dos por el comité ejecutivo de la CGE, continuamente vigilante.¹¹⁰ En agosto de 1974, bajo la fuerte presión de Gelbard, a la sazón ministro de Economía, la UIA se fusionó con el CI para constituir la Confederación Industrial Argentina (CINA). Esta alianza, probablemente, fue más que nada de conveniencia, ya que los industriales de la UIA pensaban que era mejor trabajar “desde adentro”.

La amenaza que el programa económico de Gelbard representaba para los intereses económicos dominantes en el país era demasiado grande como para que siquiera fuese posible mantener una apariencia de unión entre las clases capitalistas del país y, luego de un período de apoyo formal, los grupos capitalistas líderes lanzaron su ofensiva contra Gelbard y la CGE. Después de un fallido intento de Gelbard de fusionar la ACIEL con la CGE (aparentemente esperando controlar a la primera), los grandes empresarios que conformaban la ACIEL lanzaron una dura campaña de prensa y difamación contra la CGE, cuestionando especialmente la integridad de sus posiciones nacionalistas. El ataque más serio, y el que más perjudicó a Gelbard en particular fue la resurrección de viejas acusaciones, que sostenían que Gelbard y otros miembros de la CGE habían armado un contrato en favor de ellos mismos, para proveer de aluminio a una planta metalúrgica del Estado ubicada en la Patagonia. Estas acusaciones, unos meses antes habían llevado a la CGE a amenazar a la ACIEL con una acción legal por calumnias.¹¹¹

La “burguesía nacional” constituía un problema aún más grave ya que, aunque se hubiese unido ideológicamente para apoyar al Plan Gelbard, era un grupo demasiado heterogéneo como para poder conciliar sus intereses individuales una vez que estuviesen claras las implicancias prácticas del plan económico. Esto demuestra la debilidad política de este sector capitalista del país y los límites de la alianza populista peronista. Por ejemplo, los pequeños propietarios rurales asociados a la Federación Agraria Argentina, afiliada a la CGE, apoyaban la idea de Gelbard de aplicar mayores impuestos a las tierras que no estuviesen debidamente explotadas y la de sancionar una Ley de Reforma Agraria, pero no estaban de acuerdo en cambio con la idea de mantener bajos los precios para contentar a la clase trabajadora, como proponía el Pacto Social. Además, esta última idea pasó a ser una prioridad más importante que las primeras. Los pequeños propietarios rurales agrupados en la Federación Agraria Argentina, que habían apoyado a la CGE durante años, rompieron con la or-

¹¹⁰ Archivo de la CGE, Libro de Actas de Comisión Directiva, núm. 7, 1971-1973, Acta núm. 198 / 72, 10 de abril de 1972, pp. 81-82. La FEB siempre fue considerada una quinta columna dentro de la CGE y había sido expulsada varias veces de la organización, la última de ellas por haber asistido a las reuniones organizadas por ACIEL, que se suponía tenían por objetivo evitar que el recientemente electo gobierno peronista adoptase el plan económico propuesto por la CGE. Archivo de la Confederación General Económica, Libro de Actas de la Comisión Directiva, núm. 7, 1971-1974, Acta núm. 210 / 73, 9 de abril de 1973, pp. 271-276.

¹¹¹ Archivo de la Confederación General Económica, Libro de Actas de la Comisión Directiva, Acta núm. 204/72, 9 de octubre de 1972, pp. 178-180.

ganización. También lo hicieron los mismos fundadores de la CGE, que eran los empresarios del noroeste, agrupados en el Movimiento Empresario del Interior (MEDI), porque se oponían al congelamiento del precio del azúcar.¹¹² La UIA también criticó desde el comienzo varios aspectos del programa económico de Gelbard y de la CGE, tales como el control de precios, y se apartó de la CINA luego de la muerte de Perón, en medio de una situación política y económica muy deteriorada. El "Plan Gelbard" sólo sobrevivió unos meses a la muerte de Perón. En octubre de 1974 Gelbard fue obligado a renunciar e Isabel Perón designó como su sucesor a Alfredo Gómez Morales, que había sido ministro de Economía de Perón en la primera presidencia. Gómez Morales y sus sucesores siguieron un programa de austeridad conservador durante el siguiente año y medio. Luego del golpe de 1976, todas las organizaciones pertenecientes a la CGE fueron intervenidas. Un año más tarde la CGE misma fue disuelta y Gelbard murió en el exilio.

CONCLUSIÓN

La historia de la CGE y la de las relaciones económicas durante el peronismo generalmente ponen en cuestión ideas acerca del papel que desempeñaron las clases capitalistas en la alianza populista peronista. Es verdad que las asociaciones empresarias más importantes desconfiaban mucho de Perón durante el gobierno militar de 1943 a 1946 y que la UIA finalmente decidió encuadrarse dentro de la oposición, aunque no sin debate interno y tras la aparición de un grupo que quiso colaborar con Perón y el Estado peronista. La cooperación con el nuevo régimen, por supuesto, no implicaba necesariamente la aceptación de la doctrina justicialista o el apoyo a Perón, pero tampoco significaba una oposición acérrima. Más aún, para la mayor parte del *peronato*, existía una relación de trabajo, si no una directa alianza entre la mayor parte de las clases capitalistas del país y el Estado. La discusión acerca del papel de las clases capitalistas dentro del peronismo requiere de una cierta agudeza analítica. Los grupos capitalistas del país eran muy diversos. El comerciante de La Rioja, el pequeño propietario rural de Santa Fe o un luchador industrial de Córdoba tenían poco que ver con un miembro de la Sociedad Rural, de la Bolsa de Comercio o hasta de la misma UIA. Los pequeños empresarios de las provincias, y hasta muchos de

¹¹² Schvarzer, *Empresarios del pasado...*, pp. 214-216. Aun en una sola provincia fue imposible mantener a todos los intereses económicos alineados tras un mismo plan. Para dar un ejemplo, en la provincia del Chaco, uno de los principales bastiones de la CGE, las empresas agrupadas en la federación provincial no pudieron conciliar sus intereses. Los comerciantes de Resistencia, que dominaban la federación, no pudieron manejar los intereses de los algodoneros y madereros, que controlaban la economía provincial y que estaban más comprometidos con las ligas agrarias y con sus intereses sectoriales que con el Plan Gelbard

la provincia de Buenos Aires y de la misma Capital fueron los que más apoyo dieron a Perón. Este apoyo, así como el de las primeras asociaciones empresarias que se establecieron en la época peronista, no fue meramente oportunista. Los pequeños empresarios se identificaban profundamente con muchos elementos de las políticas y la ideología peronistas.

La historia de la relación entre las clases capitalistas del país y el Estado peronista confirma la afirmación de Menem, acerca de que el peronismo siempre ha sido un movimiento preocupado por establecer un clima que favoreciera la actividad económica. Menem ha elegido un modelo aparentemente muy diferente del de Perón, pero en realidad se trata de un modelo con un buen *pedigree* peronista. Habría que recordar, además, que Perón firmó contratos con la Standard Oil y la Kaiser, entre otras empresas, durante su segunda administración y que si se apoyó en los pequeños empresarios provincianos fue fundamentalmente porque los empresarios más importantes del país le eran hostiles y porque no pudo lograr un verdadero apoyo institucional por parte de los grupos capitalistas líderes, que se limitaron a establecer una relación de trabajo provisoria con su gobierno. El menemismo se aparta significativamente del peronismo tradicional porque logró atraer el apoyo de los capitales dominantes en el país y adoptó políticas opuestas a los intereses de los *bolicheros* peronistas del pasado. Menem no se apoya en los pequeños empresarios del país, sino más bien en los "grupos económicos" o conglomerados privados que surgieron como resultado de las políticas de los gobiernos militares de 1976 a 1983 y que dominan la economía argentina de hoy. También se apoya en los grupos financieros y empresarios internacionales. El apoyo que ellos le brindan es comprensible: son los principales beneficiarios de su política de privatizaciones.

La historia del papel de los empresarios en el peronismo anterior a Menem revela el carácter novedoso del *menemismo*, pero también sugiere sus límites, ya que los pequeños empresarios del país, que nunca fueron completamente absorbidos por el peronismo, no podrán ser manejados con tanta facilidad como lo fue el movimiento sindical y pueden llegar a convertirse en los más efectivos opositores al proyecto de Menem. Ésta sería una ironía final para el peronismo reificado de Menem: el presidente peronista y provinciano, que fue apoyado políticamente en gran medida por los pequeños empresarios de La Rioja, el tipo de personas que históricamente convocaba la CGE, podría ser derrocado por esas mismas personas. Las condiciones económicas y sociales que llevaron a estos empresarios y a la CGE a ocupar un lugar prominente en la historia argentina, ciertamente no se han modificado. La brecha entre Buenos Aires y las provincias no ha hecho más que ensancharse durante la gestión de Menem. El pequeño propietario rural de Tucumán, el esforzado empresario metalúrgico de Córdoba o el comerciante del Chaco pueden volver a hacerse notar antes de que el proyecto menemista haya concluido.

